

Manuel Romo Sánchez



¿Fue masón el
Papa Pío IX?

Manuel Romo Sánchez

¿Fue masón el Papa Pío IX?



**Ediciones de la
GRAN LOGIA DE CHILE**

© Registro de Propiedad Intelectual. Inscripción N° 177.019
Primera edición, 2011
Segunda edición, octubre 2015.
Tercera edición, agosto 2020
Edición digital gratuita para masones
Portada: María Francia Prado
Ediciones de la Gran Logia de Chile
Oriente de Santiago

**SOLO PARA USO INTERNO GRATUITO
DE LA GRAN LOGIA DE CHILE**



Manuel Romo Sánchez

Índice

Presentación	9
Introducción.....	11
El Papa Pío IX ante la prensa liberal chilena del siglo XIX.....	15
El Papa acusado de Francmasón.....	27
La juventud de Mastai Ferretti.....	37
Su permanencia en América del Sur.....	49
La posibilidad de que existiese una Logia en Chile por esa época.....	75
De regreso a Europa.....	93
Bibliografía.....	101

Presentación

Ponemos a disposición de nuestros lectores, por donación de la presente publicación, este libro que ha tenido dos ediciones impresas anteriores, y que ya constituye un texto clásico en abordar uno de los grandes mitos masónicos: la calidad de iniciado masón del Papa Mastai Ferretti, conocido universalmente como Pío Nono.

Mucho se ha especulado, no solo en Chile, sino en la masonería latina, sobre la presunta condición masónica de uno de los Papas que más bulas emitió condenando a la Masonería.

Ocho fueron sus bulas condenatorias: "Qui Pluribus", el 9 de noviembre de 1846; "Quanta Cura" y "Syllabus", el 8 de diciembre de 1864; "Multiplikes Inter", el 21 de septiembre de 1865; "Apostolicae Sedis", el 12 de octubre de 1869; "Ex Epistola", el 26 de octubre de 1865; "Etsi Multa", el 21 de noviembre de 1873; y "Etsi Nos", el 15 de febrero de 1882. Sin embargo, se sabe que sus documentos contra la Masonería superaron el centenar.

A partir de fuentes históricas, Manuel Romo presenta los antecedentes con los cuales se ha construido la afirmación relacional de Mastai Ferretti con la Orden.

El editor

Introducción

Al momento de ser elegido jefe de la Iglesia Católica, las potencias europeas y el pueblo de la península italiana consideraban que Juan María Mastai Ferretti, Pío IX, sería un Papa de inclinaciones liberales. Por esta razón, su elevación al trono pontificio fue motivo de fiesta general.

Sin embargo, al poco tiempo, los acontecimientos políticos que se desarrollaban en los territorios bajo su control le hicieron tomar medidas de fuerza que le enajenaron la simpatía con que había sido visto al comienzo.

Tras los éxitos obtenidos por las fuerzas patriotas que luchaban por la unificación italiana, el discurso del Papa Pío IX se hizo más y más beligerante y vio en los liberales, los socialistas, los comunistas y los masones a sus enemigos y a los enemigos de la Iglesia.

Esto a pesar de que hubo testigos que declararon que el Papa había sido masón en su juventud y que incluso había seguido siendo miembro de una Logia masónica tras ser nombrado Cardenal.

En América del Sur hubo testimonios de las visitas que habría realizado a logias masónicas cuando en su calidad de canónigo, visitó Uruguay, Argentina y Chile en 1824 y 1825.

En este breve trabajo, se analiza la documentación existente al respecto, intentando dilucidar si fue efectiva o posible la pertenencia a la Masonería del canónigo

Giovanni María Mastai Ferretti, conocido más tarde como Papa Pío IX.



Pius P. IX.

Papa Pío IX en 1849

El Papa Pío IX ante la prensa liberal chilena del siglo XIX

El corresponsal en París del diario *La Patria*, de Valparaíso, informaba con fecha 30 de septiembre de 1864:

“La agonía del poder temporal del Papa ha comenzado y es Napoleón III quien firma la sentencia de muerte. Hace quince años que la Francia sola ha sostenido la soberanía vacilante de los Papas; ahora le retira su protección, no bruscamente sino poco a poco, y con toda clase de miramientos, es decir en dos años”.

Ocurría que se había firmado un tratado entre el gobierno de Francia y el rey Víctor Manuel para el retiro de las tropas francesas del territorio italiano, lo que se verificaría de modo gradual en el curso de dos años. El Papa Pío IX se comprometía a formar su propio ejército con voluntarios extranjeros y el gobierno italiano aceptaba “no emprender ninguna tentativa contra el territorio pontifical, a impedir toda agresión y aún a rechazarla si fuese necesario de concierto con la Francia”¹.

En Chile, el liberalismo había vuelto a ser gobierno luego de treinta años de permanecer aplastado por fuerzas conservadoras que, triunfantes por las armas en 1830, habían impuesto una Constitución Política que dejaba sin voz a los partidarios de la libertad.

¹ La Patria, N° 407, Valparaíso, 25 noviembre 1864.

Se volvía a plantear en el país la necesidad de la libertad de culto, la separación de la Iglesia y el Estado, el matrimonio civil y el apartar a la Iglesia Católica de la administración de los cementerios, para evitar que a los pecadores, protestantes, judíos y librepensadores o ateos se les negara el derecho a una sepultura en los espacios destinados a este objeto. Se seguía el modelo de Estado que los políticos de avanzada estaban exigiendo en Francia.

En 1850 habían vuelto a trabajar las logias masónicas en el país, lo que permitió la fundación en Valparaíso, en 1862, de la Gran Logia de Chile, la cual, en noviembre de 1864, creó su primera logia, *Justicia y Libertad*, y la fundó en Santiago, la capital de Chile.

En diciembre de 1864, la Iglesia chilena reaccionó a estos avances de la Masonería con un artículo en la *Revista Católica*, al que dio por título “Las sociedades secretas”. Su texto era claro: “Es altamente deplorable el acrecentamiento que van tomando entre nosotros las sociedades secretas. Son instituciones que preparan sordamente grandes males para la religión y la patria”. Agregaba que sus miembros no podían ser buenos cristianos, pues si no eran enemigos eran indiferentes a la religión. Advertía que sus miembros no podían ignorar que estas sociedades estaban prohibidas por la Iglesia y que sobre sus integrantes pesaba la pena de excomunión.

La tolerancia en materia religiosa era común en la ciudad de Valparaíso, por la gran cantidad de extranjeros de fe protestante que se dedicaba al comercio; pero en Santiago la situación era diferente; aquí predominaba la

Iglesia. En marzo de 1865 la prensa consignaba la siguiente historia:

“Paseaban por una de nuestras calles más centrales dos ingleses, al parecer decentes e instruidos; acercáronse a ellos dos hombres portadores de una imagen de Dolores, con la cual se ocupan de pedir limosna; demandáronla de los ingleses, los que no hicieron caso y sólo se sonrieron; esto fue suficiente para que los imploradores de la caridad pública para el culto de Dios, dijeran a los ingleses con descomedidos gritos que era unos protestantes, ateos, herejes e irreligiosos y mil epítetos oídos seguramente en la cátedra del Espíritu Santo.

“He aquí el fruto de esa grito apasionada de algunos de nuestros predicadores; he ahí el resultado de ese estúpido afán de despertar odios y rencores contra los que no profesan nuestra religión; he ahí el resultado de ese necio y ciego fanatismo victoriosamente representado por algún clérigo loco que con gritos descompasados y figuras de la más ridícula retórica va a pintar a nuestro sencillo pueblo, como bestias feroces, como vómito del averno a todo aquel que no sigue los preceptos de nuestra religión. ¿Qué se dirá de nosotros? ¿Tendremos razón para quejarnos que se nos llame semi-salvajes? ¿Qué otra cosa sino un acto de bárbaros es lo que relatamos?”².

Por el mundo se habían difundido las ideas del liberalismo y nuevos pensadores promovían la justicia social y el triunfo de la razón y señalaban que las explicaciones de la ciencia eran preferidas a los dogmas religiosos. En este marco, Pío IX publicó su encíclica

² Del corresponsal en Santiago. La Patria, Valparaíso, 17 marzo 1865.

Quanta Cura, el 8 de diciembre de 1864, a la que acompañó el *Syllabus*, un documento compilatorio de ochenta ideas a las que la Iglesia consideraba erróneas. La encíclica explicaba el por qué de la reiteración de estas condenas: “Pero si bien no hemos dejado de proscribir y reprobar muchas veces estos importantísimos errores; sin embargo, la causa de la Iglesia Católica y la salud de las almas a Nos divinamente encomendadas y hasta el bien de la misma sociedad humana nos piden imperiosamente que nuevamente excitemos vuestra solicitud pastoral para combatir otras depravadas opiniones que brotan, como de sus fuentes, de los mismos errores”.

El *Syllabus* que, como hemos dicho, era un anexo a la encíclica, clasificaba aquellos errores en diez capítulos: “I. Panteísmo, naturalismo y racionalismo absoluto; II. Racionalismo moderado; III. Indiferentismo, latitudinarismo; IV. Socialismo, comunismo, sociedades secretas, sociedades bíblicas, sociedades clérico-liberales; V. Errores sobre la Iglesia y sus derechos; VI. Errores sobre la sociedad civil, considerada ya en sí misma, ya en sus relaciones con la Iglesia; VII. Errores sobre la ética natural y cristiana; VIII. Errores sobre el matrimonio cristiano; IX. Errores sobre el principado civil del Romano Pontífice; y X. Errores relativos al liberalismo actual”.

El *Syllabus* cayó como una bomba entre los republicanos y los partidarios del liberalismo.

El lenguaje usado por el Papa era violento e insultante, al hablar de “estas impías doctrinas y maquinaciones”, de “estos hombres falacísimos”, que sólo buscaban “inficionar y depravar míseramente las tiernas y flexibles almas de los jóvenes con toda suerte de

perniciosos errores y vicios”. Según el Papa, los sostenedores de estas ideas condenadas tenían “criminales planes” para “trastornar el recto orden de la sociedad” con sus “pestilenciales doctrinas”.

Tanto en Italia como en otros países, los gobiernos prohibieron la difusión de su texto, pero de a poco fue trascendiendo y dándose a conocer en todos los países, principalmente por parte de los detractores de la Iglesia Católica.

El corresponsal del diario *La Patria*, de Valparaíso, escribió desde París el 31 de diciembre de 1865 en relación a este documento, informando que Pío IX había escrito la encíclica *Quanta Cura*, “una fulminante condena contra todas las libertades modernas”. Decía que la segunda parte de la encíclica enumeraba ochenta proposiciones condenadas por el Papa. Estos textos, agregaba, “califican de error pernicioso y detestable todo lo que sirve de base a nuestras sociedades modernas. La libertad de conciencia, la libertad de cultos, la libertad de opiniones, la independencia completa del poder civil con respecto al poder religioso, la libertad de la prensa, la libertad de asociación, la libertad de la enseñanza: he aquí los puntos sobre los cuales recaen los anatemas de la Santa Sede”. “No se podía marcar con más claridad – dice – la imposibilidad radical de una reconciliación entre Roma y la moderna civilización, que en ese nuevo grito de intolerancia salido del Vaticano”³.

En el número siguiente del diario se reprodujo el texto de la encíclica y en el subsiguiente se publicó el

³ La Patria, Valparaíso, 17 febrero 1865.

Syllabus, con el título “Catálogo de los principales errores de nuestro tiempo, señalados en las alocuciones consistoriales, encíclicas y otras letras apostólicas del Papa Pío IX”.

Es necesario explicar que el diario *La Patria* representaba las ideas de lo más avanzado del liberalismo chileno, el grupo al que se había dado el nombre de “rojos” y más tarde el de “radicales”, y que era de propiedad del masón Isidoro Errázuriz.

Sin embargo, no hubo reacciones. Había noticias de mayor importancia que ocupaban la atención de los sudamericanos: En Estados Unidos se desarrollaba la guerra civil entre el norte y el sur; México había sido invadido por tropas francesas encabezadas por Maximiliano; en la costa Atlántica, Brasil, Uruguay y Paraguay luchaban por territorio y 14.000 hombres sitiaban Montevideo, en tanto algunas cañoneras brasileñas bloqueaban el puerto; naves de guerra españolas tenían en alerta a las naciones de la costa del Pacífico, y una revolución había derrocado al gobierno peruano, acusado de firmar un tratado desdoroso para la honra nacional evitando la guerra con España; Chile, por su parte, llamaba a las armas para vengar la afrenta hecha por las naves hispanas a la nación vecina.

No era época para disputas teológicas y el poder temporal de la Iglesia Católica se encontraba tan disminuido que los liberales le restaron importancia a las declaraciones del Papa, un gobernante que estaba siendo derrotado por su propio pueblo.

En Santiago, el Syllabus fue publicado por la *Revista Católica* y en algunas iglesias se dio a conocer parte de sus disposiciones.

En marzo de 1865, la *Revista Católica* señaló que era obligación acoger las enseñanzas de la Santa Sede, pues los católicos debían someter su “juicio individual a la autoridad del papa, aceptando y asintiendo a todo lo que nos enseña en su carácter de vicario de Jesucristo”.

Recién el 22 de marzo de 1865 el diario *La Patria* publicó una editorial sobre la encíclica. Señaló que su texto no tenía posibilidad de influir con estas ideas anacrónicas, pues “nada que no tenga por cimientos la libertad, el progreso y la discusión, podrá resistir el activo y saludable movimiento que ha comunicado a la humanidad el siglo en que vivimos”. La Edad Media, dijo, “pasó irrevocablemente. Antes se detendría el sol en su carrera que el universo moral en el magnífico desarrollo científico, artístico, político e industrial que va abriendo cada día más hondo abismo entre la civilización y las añejas pretensiones del Pontificado”. Sin embargo, agregó, aunque en virtud de las leyes chilenas la autoridad tiene la facultad de conceder o negar autorización para promulgar y aplicar las encíclicas en el país, “la libertad que estamos pidiendo hora por hora para todos los hombres que respiran el aire de la patria chilena; la libertad que nosotros mismos ejercemos, sin miramientos ni temores, para aplaudir y para censurar, para salir al encuentro al absurdo y a la opresión y para servir a las causas que creemos justas y benéficas; la libertad de que nos hemos valido para atacar la Encíclica y denunciar también la funesta tendencia del Pontificado, es necesario

que favorezca también a la Iglesia, de otra manera, dejaría de ser un derecho, para convertirse en un monopolio y un despotismo”. Termina diciendo: “Las medidas represivas harían víctimas de los empecinados sectarios del poder temporal, del odio al siglo y del oscurantismo pontifical. Medidos con la vara de la discusión libre, ellos y su obra serán objeto de la risa y de la compasión del mundo”⁴.

El 27 de septiembre de 1865, el diario *La Patria* volvió a referirse a la encíclica, destacando que Pío IX en el Syllabus “no dijo ninguna cosa especial de la franc-masonería, sin duda porque recordaba que cuando visitó Chile, el Brasil y parte de la República Argentina, se hizo reconocer como maestro simbólico de esa orden, y en 1838 recibió en Nápoles la investidura de soberano príncipe rosa-cruz, grado 18”.

Pero se equivocaba, pues en una época en que las comunicaciones tardaban varias semanas en llegar de un continente a otro, no podía saber que sólo dos días antes el Papa había atacado a la Masonería.

En Italia, esta institución había logrado un esbozo de unidad tras un congreso celebrado en Florencia en 1864. Según Yves Chiron, biógrafo del Papa Pío IX, esto pudo haber sido el detonante por el cual este pontífice creyó que la Masonería se había convertido en un verdadero peligro, mayor que el que antes había representado para la Iglesia.

Como consecuencia, el 25 de septiembre de 1865, el Papa denunció a la Masonería en su alocución titulada *Multiplices Inter Machinationis*, acusando a esta

⁴ La Patria, Valparaíso, 22 marzo 1865.

“sociedad perversa de hombres vulgarmente llamada masónica que, contenida al principio en medio de las tinieblas y la oscuridad, ha terminado por salir a la luz, para ruina común de la religión y de la sociedad humana”.

Pensaba Pío IX que si los gobiernos católicos hubiesen escuchado las advertencias que anteriormente la Iglesia les había hecho y hubiesen, entonces, actuado con mayor celo en su contra, no se habrían producido “tantos movimientos sediciosos, tantas guerras incendiarias que hicieron arder a toda Europa, ni tantos males amargos que han afligido y todavía hoy afligen a la Iglesia”. Agregaba que “la secta masónica”, gracias al desarrollo alcanzado, “se muestra por todas partes con total impunidad y alza la frente con más audacia que nunca”. Recordaba, finalmente, que los católicos tenían prohibido su ingreso a ella bajo pena de excomunión.

La noticia tardó en llegar a Chile y recién en el mes de diciembre el diario La Patria publicó un artículo titulado “La alocución pontificia y la francmasonería”. En ella señaló que era de público conocimiento que los masones estaban excomulgados y destacó que para Pío IX la Masonería era una secta que “aun en nuestros días levanta la cabeza con aire de triunfo”⁵.

⁵ La Patria, N° 732, Valparaíso, 14 diciembre 1865.



Pío IX con banda de Maestro Masón
Montaje fotográfico hecho en el siglo XIX

El Papa acusado de Francmasón

Una Logia de la ciudad de Parma contraatacó de inmediato frente al documento pontificio *Multiplices Inter Machinationis*:

“Hubo un hombre llamado Mastai-Ferretti que recibió el bautismo masónico y juró fraternidad y amor a sus hermanos. Más tarde, este hombre fue nombrado Papa bajo el nombre de Pío IX y ¡vedle ahora lanzar la maldición y la excomunión contra todos los afiliados a la francmasonería! La maldición y la excomunión caen sobre su propia cabeza; además, por ese mismo acto se ha convertido en perjurio. El Papa, pues, se excomulga a sí mismo”⁶.

La revista francesa *Monde Maçonnique* publicó la acusación en su número de diciembre de 1865 y comenzó así a difundirse que el Papa Pío IX había sido masón en su juventud, agregando que se había retirado de la Masonería sólo años después de haberse ordenado sacerdote. Otros señalaron que, por el contrario, había sido expulsado de su Logia.

Los testimonios en Chile, aunque escasos, son valiosos por la seriedad de las fuentes.

Luis Alberto Navarrete y López, destacado masón y Gran Maestro de la Gran Logia de Chile entre 1912 y 1922, recordaba algunas cosas que le había contado el ex

⁶ Chiron, p. 301.

Gran Maestro Benicio Álamos González, el 27 de marzo de 1910. Entre ellas:

“Don Ramón Errázuriz contaba a su nieto, el hermano Isidoro Errázuriz, y al hermano Álamos González, que la primera logia establecida en Santiago se llamó Aurora. La fundó Camilo Henríquez por el año 1822. Cuando vino Mastai Ferretti, que era masón, visitó la Logia, siendo oficiales de ésta: Venerable Maestro, Camilo Henríquez; Primer Vigilante, José Miguel Infante; Segundo Vigilante, Ramón Errázuriz; Orador, Francisco Antonio Pinto. Como se le dieran a Mastai Ferretti conferencias para demostrarle que el catolicismo era enemigo del progreso, el visitador no volvió a la Logia”⁷.

El masón chileno Ángel Custodio Lynch Irving, oficial de la Armada de Chile y miembro de la Logia “Unión Fraternal” N° 1, de Valparaíso, en una Reunión Blanca celebrada en Santiago en 1895 por las Logias “Justicia y Libertad” N° 5 y “Estrella de Chile” N° 17, recordó que sus dos abuelos habían sido masones y dijo: “Por aquel tiempo, se estilaba mucho el bautismo masónico y mi abuelo paterno don Estanislao Lynch, hizo bautizar a su hijo primogénito que fue mi padre, y por padrino del acto fue el canónigo Ferreti”, de quien se decía, que “era un entusiasta hermano muy asistente como visitador de las logias que trabajaban en Chile”⁸.

Lynch Irving era un respetable oficial de la marina chilena y no tenía por qué mentir.

⁷ Fernando Pinto Lagarrigue: La Masonería y su influencia en Chile. Buenos Aires, Orbe, 1963: 86.

⁸ La Cadena de Unión, N° 5, Santiago, 30 noviembre 1895, pp. 449 a 456.

A mayor abundamiento debe consignarse que efectivamente Estanislao Lynch estaba en Santiago por esos días y dejó testimonio de los tumultos que se produjeron en la casa ocupada por la delegación apostólica que integraba Juan María Mastai Ferretti en los días previos a dejar Chile. El 15 de octubre de 1824, este comerciante argentino establecido en Santiago le escribía al general Bernardo O'Higgins:

“Una presentación de los devotos con más de cien firmas se ha hecho al gobierno para detener al nuncio (éste era el título que se daba a Muzi en el trato familiar). Ignoro su resultado; pero él ha remitido ya su equipaje, y ha estado, por despedida, dando confirmaciones e indulgencias de balde, de modo que no ha habido santo bueno ni malo, nuevo o viejo que para recibir aquellas no lo hayan movido de sus urnas o rincones para presentarlo al nuncio para la concesión de indulgencias, siendo tanta la concurrencia que ha habido niños ahogados por sofocación. No esperé, confieso a V., que el fanatismo tuviese aún un trono tan firme en Chile”⁹.

Varias versiones comenzaron a circular desde 1865 sobre la pertenencia de Mastai Ferretti a la Masonería, incluyendo una que transcribía un documento sobre la iniciación de un Giovanni Ferretti Mastai, de los Estados Pontificios, en la Logia *Eterna Catena*, de Palermo, en agosto de 1839, pero que fue desmentido por un autor católico quien afirmó que el tal Giovanni Ferretti Mastai no era el Papa sino que “un joven libertino” y masón reconocido. Y debe ser así, pues, de acuerdo a lo relatado

⁹ Barros Arana, 416.

por Ramón Errázuriz y Lynch Irving, si la iniciación masónica existió debió realizarse antes de su viaje a Chile en 1824.

Un Boletín de la masonería uruguaya expresó que durante su viaje a América, Mastai Ferretti había visitado en Montevideo la Logia *Les Amis de la Patrie*, que a comienzos del siglo XX todavía existía en esa ciudad uruguaya¹⁰.

Martín V. Lazcano en su libro sobre las sociedades secretas recogió esta información del Uruguay y agregó que Giovanni Mastai Ferretti usaba el nombre simbólico “Mucio Scevola” y que “en los registros de asistencia a tenidas de Logias en Montevideo en 1826 consta la presencia bajo la firma del Conde de Mastai Ferretti, de su puño y letra”. Evidentemente la fecha a la que se refiere es un error, pues para 1826 ya hacía muchos meses que el sacerdote se encontraba en Europa.

Pinto Lagarrigue, en su libro sobre la Influencia de la Masonería en Chile, escribía que en 1891 los diarios franceses *Il Diritto* y *L'Eclair* aseguraban que el Gran Oriente de Italia poseía un documento que comprobaba la iniciación masónica de Pío IX; pero esto lo desmintió en su oportunidad el Gran Maestro Adrián Lemmi.

Hay otros autores que también se refirieron a esta condición de masón de Pío IX. Roque Barcia en 1869, en su obra “Cartas a Su Santidad Pío Nono: Precedidas de una carta que desde el otro mundo envían a su santidad los masones Monti y Togmeti”, señalaba: “Este Mastai Ferreti es el italiano que fue masón, para matar después a los

¹⁰ Revista La Verdad, Año VIII, Nº 9, Santiago de Chile, 15 enero 1915.

masones”. Por su parte, el escritor Francisco de Paula Cañamaque y Jiménez en su obra “Miscelánea Histórica, Política y Literaria”, publicada en 1876, afirmaba que era *vox populi* que el Papa Pío IX, “allá en los tiempos de su azarosa juventud”, había sido masón.

En realidad, fueron muchos los que repitieron esta afirmación. Según Falconieri, “tenemos miles y miles de otros testimonios que confirman que el Papa en su juventud ha sido francmasón; en muchos libros, en periódicos de diferentes épocas, encontramos con notable persistencia repetida aquella noticia, que en general ha sido aceptada por la opinión pública”.

El Vicario Apostólico de Tarapacá, José María Caro, quien años más tarde llegó a ser el primer cardenal chileno, se hizo cargo de estas afirmaciones en su libro “Misterio. Descorriendo el velo...”, en 1924:

“Ésta ha sido una de las más desesperadas invenciones que se le ha ocurrido a la Masonería para despistar y engañar a católicos ignorantes y sencillos. Al final veremos las condenaciones que los Papas, casi sin interrupción, desde que les fue conocida la secta, han venido fulminando contra ella, siendo todas ellas concebidas en los términos más severos y con el mayor conocimiento de causa. Por ahora diré solamente el origen de la imputación hecha a Pío IX, que es la que los masones tienen más en boga y con mayor seguridad. He aquí cómo refiere y confuta esa fábula John Gilmary Shea en su “*Vida de Pío IX*”, p. 291-2, escrita en inglés: ‘Comenzó en Alemania y pensaron (los masones) que con poner la escena en América había de escapar a la investigación. Declararon positivamente que Pío IX había

sido recibido en una logia masónica en Filadelfia, citaron sus discursos y declararon que se conservaba en la logia un buen número de sus autógrafos. Desgraciadamente, para el cuento, Filadelfia está en el mundo civilizado. La gente sabe allí leer y escribir. Se averiguó y se encontró que no hay en aquella ciudad logia masónica con el nombre dado; se encontró que ninguna logia en Filadelfia había recibido jamás a Juan María Mastai; no se pudo encontrar huella de que él haya estado allí, porque *nunca estuvo*; ninguna logia tenía ninguna de sus cartas autógrafas; los mismos masones atestiguaron que todo no era sino una pura invención. La calumnia así refutada ha revivido de cuando en cuando y en la última versión se ha puesto cuidado en no especificar ni logia, ni ciudad, con demasiada distinción. Para hacerlo creer más fácilmente habían colocado en una fotografía de un masón con insignias, la cabeza del papa, recortada de su retrato y ajustada en lugar de la del masón”.

Pocos años antes, en 1914, Francesco di Silviestri-Falconieri publicó en Roma un folleto de 32 páginas con el título “*Pio IX Frammassone, con note e documenti*”. En su trabajo, este autor afirma que existían tres hipótesis sobre la iniciación masónica del Papa, idea que en la práctica se hallaba arraigada como convicción entre la gente: Que habría sido iniciado en Palermo; que lo habría sido en la América Meridional; y que habría sido hecho masón poco antes de hacerse sacerdote, en la época en que había servido como militar o como miembro de la Guardia de Nobles.

Recuerda que en la época del joven Mastai Ferretti todo estaba vinculado a la *Carbonaria* y que los jóvenes

se afiliaban a ella hasta por moda. Dice que Juan María no estuvo ajeno a su influencia, pues incluso en su casa tenía el ejemplo de uno de sus hermanos, Giuseppe, oficial de la Gendarmería, quien “indiscutiblemente” fue francmasón y propiamente carbonario. Afirma Falconieri, por testimonios de amigos personales suyos, que la familia de Mastai Ferretti era liberal y casi republicana; a mayor abundamiento, dice que el hermano mayor, Gabriel Mastai Ferretti, en 1859, siendo Alcalde de Sinigaglia, al entrar el ejército piemontés fue el primero en izar la bandera para proclamar la anexión, en jurarle fidelidad al rey Víctor Manuel y que conservó su puesto en el nuevo régimen. No encuentra, entonces, difícil admitir que Juan María Mastai Ferretti haya podido incorporarse a la Masonería en su pueblo natal, que por lo demás hasta 1814 había estado ocupado por tropas francesas, donde predominaba la *Carbonaria*.

Se pregunta también por qué - si es que el rumor fue sólo un arma más en la lucha contra el clericalismo - se insistió con tanta persistencia a lo largo del siglo XIX en que el Papa Pío IX fue masón y no se acusó de lo mismo a sus antecesores, que igualmente persiguieron a la Masonería,

Incluye luego en su folleto el documento de la Logia *Eterne Catena*, de Palermo, para refutarlo. Cuenta que este documento había sido exhibido en dos oportunidades: en 1876, en el diario *Il Popolo di Genova* y reproducido en seguida, de buena fe, por otros medios; y luego en 1885, cuando, habiendo León XIII promulgado su encíclica *Humanum Genus* contra la francmasonería, volvió a circular con insistencia el que Pío IX había sido

masón. Esto lo hace pensar que el documento fue hecho circular a propósito para poder acusar al Gran Oriente de Italia de haber dado a conocer un documento falso para calumniar al Papa. La crítica que hace a las diferentes versiones del texto en cuestión deja en evidencia la falsedad del documento.

Concluye Falconieri pensando que Juan María Mastai Ferreti fue iniciado masón en alguna de las ciudades de los Estados Pontificios antes de 1814; probablemente en Sinigaglia o en Ancona, la ciudad principal de la región.

En el siglo XIX se desperdició la oportunidad de recoger el testimonio de un célebre cantante lírico italiano que vivió en los países de América del Sur desde 1840 hasta su muerte, ocurrida en Lima, Perú, en 1889. Nos referimos a Paolo Ferretti, iniciado masón en la Logia La Perfecta Sinceridad, de Marsella, y que fue uno de los fundadores de la Logia “Estrella del Sur”, de la ciudad de Concepción, Chile, en 1856. El masón Paolo Ferretti afirmaba ser primo del Papa Pío IX y sus biografías¹¹ así lo consignan.

La juventud del Papa debe haber sido azarosa, como opinaba Cañamaque y Jiménez, por su condición de noble, de hombre joven y con recursos económicos¹², y

¹¹ Carlos Raygada: “Guía Musical del Perú”. En Fenix, Revista de la Biblioteca Nacional, N° 13, Lima – Perú, 1963; Carlos Oliver Schneider, La Masonería en el Valle de Concepción. Concepción, Editorial “Paz y Concordia”, 1930.

¹² “Nada había más modesto que la habitación del abate Mastai en Tata Giovanni; el que ocupaba este retiro, pertenecía sin embargo a una familia noble y rica que no le dejaba carecer de cosa alguna”. (Nueva biografía de Pío IX...).

porque no vio despertar su vocación religiosa sino hasta los 22 años de edad. Por lo tanto, no parece descabellado aceptar que pudo pertenecer a alguna logia por esa época ni que haya renegado de la Masonería después, cuando tuvo que optar entre las ideas libertarias y la supervivencia de la iglesia cuyo futuro había sido depositado en sus manos.

La juventud de Mastai Ferretti

Giovanni María Giambattista Pietro Pellegrino Isidoro Mastai Ferreti Sollazi nació el 13 de mayo de 1792 en Sinigaglia, ducado de Urbino, en el seno de la nobleza. Fue uno de los siete hijos de Girolamo, de los condes de Mastai Ferretti, y de su esposa Constanza Caterina Sollazi.

Entre 1803 y 1809 el joven conde Giovanni María Mastai Ferretti estudió en el colegio de San Michele, de los Padres Esculapios, en Volterra, región de la Toscana¹³.

En diciembre de 1809 viajó a Roma para tomar clases de filosofía, física y matemáticas en el Colegio Romano, pero dejó los estudios antes de terminar el curso de 1810, por las convulsiones políticas que agitaban la ciudad.

Decía uno de sus biógrafos: “Su primera juventud se pasó en el mundo, donde su familia, su fortuna, sus talentos, la distinción de su persona y de sus maneras le daban derecho a pretenderlo todo”¹⁴.

Pensamos que su ingreso a la Masonería pudo haberse producido con posterioridad a 1811, durante su contacto con militares franceses.

¹³ Goffredo Cianfrocca. “La formazione del giovane Mastai Ferretti nel Collegio di San Michele a Volterra (1803-1809)”. Archivum Scholarum Piarum, XXV (2001).

¹⁴ Nueva biografía de Pío IX. Traducida por Miguel de la Barra y aprobada por la Universidad de Chile para texto de lectura en las escuelas de la República. Bibliotecas Populares. Santiago, Emilio Audois, Librero-Editor, 1857, p. 14.

Los años que van de 1810 a 1814 se han prestado para debate. Sus primeras biografías sostienen que fue militar; los biógrafos que buscaron escribir la vida de un santo, afirman que, aunque desconocidas en sus pormenores, las actividades que desarrolló en esos años se redujeron a estar en el seno de su familia, añorando seguir la carrera religiosa.

Pero no parece haber duda de su actividad militar en un regimiento napoleónico. Su apologista, el conde de Fabraquer, escribía en 1849:

“En 1811 el emperador Napoleón dio un decreto para la formación de regimientos con el título de Guardias de honor. Esta tropa escogida, reclutose en todos los departamentos del imperio, desde Hamburgo a Roma, desde Ámsterdam hasta Venecia. La ciudad de Sinigaglia da su contingente, y uno de los hijos del conde Mastai, Juan María, de edad de 19 años, forma parte de él. El joven guardia de honor sirve en el primer escuadrón del primer regimiento con franceses, porque este cuerpo se había reclutado en los departamentos del Norte, del paso de Calais, de la Osma, del Sena y en los departamentos de Italia. El guardia de honor, Mastai, se muestra en el regimiento lo que había sido en el colegio: buen soldado, excelente camarada. Aún existen antiguos guardias del primer escuadrón, que conservan buen recuerdo de Mastai”¹⁵.

¹⁵ La revolución de Roma. Historia del poder temporal de Pío IX, desde su elevación al trono hasta su fuga de Roma, y convocación de la asamblea nacional el 30 de diciembre de 1848. Por el Exmo. Sr. Conde de Fabraquer, testigo ocular. México, Imprenta de Juan R. Navarro, 1849, pág. 25.

Elme-Marie Caro, apologeta de Pío IX y conocido defensor del cristianismo frente al positivismo de su época, bajo el seudónimo de E. de Saint Hermes, publicó en París, Librería Hachette, en 1854, un libro titulado *Pío IX*. En este texto señala:

“El decreto de 1811, por el que Napoleón organizaba las guardias de honor, encontró a Mastai en una de esas épocas confusas, en las que no sabía hacia donde dirigir su indecisa actividad. Con diecinueve años, y no habiendo oído todavía la irresistible llamada de Dios, el joven conde se alistó en el Primer Escuadrón del Primer Regimiento (...). Partió, pues, y cumplió dos años de servicio en aquellos cuerpos de elite. A la caída de Napoleón y con el desmembramiento del Imperio, Mastai se alistó en un regimiento austriaco, pero no permaneció mucho tiempo: había poca afinidad de caracteres y de ideas entre él y los otros oficiales. Una vez libre, solicitó y consiguió (tras grandes esfuerzos) ingresar en la Guardia noble, reconstituida por el Papa Pío VII”¹⁶.

También concuerda con esto un libro publicado en México en 1855, con el título “Diccionario Universal de Historia y Geografía”, escrito en España, según indica su portada, por una sociedad de literatos distinguidos, y refundida y aumentada para su publicación en América. En la parte pertinente, dice:

“(...) en 1811 formó parte del regimiento de guardias de honor mandado crear por Napoleón: después de la caída del emperador francés, no supo el joven Ferretti a qué dedicarse, y en tanto que esperaba una

¹⁶ Citado por Yves Chiron: *Pío IX*. Ediciones Palabra, 2003.

vacante en el cuerpo de guardias de corps del Papa, paseaba las calles de Roma admirando sus monumentos y ocupaba algunas horas de la noche en instruir a los niños de un establecimiento de beneficencia llamado el Hospicio de Papá Giovanni (...).”

Otro testimonio sobre su vida militar la aportó la revista masónica francesa *La Chaine d'Union*, en abril de 1878, con el artículo titulado “¿Pío IX fue aceptado como masón antes de ser papa?”. En su texto se recogió el testimonio de alguien que afirmaba haber sido compañero de armas de Mastai Ferretti y su padrino de iniciación en la Masonería:

“Yo era entonces subteniente y lo tenía en mi escuadrón. Tenía un carácter extraordinariamente alegre. Como todos nosotros, mantuvo algunos amoríos en Thionville... Tras la caída de Napoleón, Mastai, como todos los nobles italianos, se apresuró a salir de Francia. Entonces, impulsado por su espíritu militar, entró en los dragones de Pío VII donde obtuvo el grado de capitán. Estaba a punto de casarse. Su prometida se quemó en el incendio de un baile y la tristeza le condujo al claustro donde recibió las órdenes y llegó al papado”¹⁷.

Su biógrafo Luis Veuillot intentó desmentir estas afirmaciones en 1863: “Nunca ha llevado las armas, y nunca ha sentido la menor inclinación hacia ellas”¹⁸.

Otro biógrafo señaló:

¹⁷ Citado por Yves Chiron.

¹⁸ Luis Veuillot. Biografía del Papa Pío IX. Madrid, Imprenta de la Esperanza, 1863: 7.

“Destinaronlo a la carrera militar, pero algunos accidentes nerviosos que sobrevinieron hicieron temer que no pudiese soportar las fatigas de esta profesión”.¹⁹

Yves Chiron, que no cree en la existencia de esta etapa militar de Mastai Ferretti, piensa que luego de los meses que pasó en Roma dedicado al estudio de la filosofía, la física y la matemática, volvió a su casa, pues, dados los ataques de epilepsia que le sobrevenían ocasionalmente, los médicos le desaconsejaron las prolongadas sesiones de trabajo, y disfrutó durante aquellos años de variadas distracciones. Y agrega:

“Uno de sus amigos de la infancia, Giovanni Marchetti, era el secretario de Antonio Aldini, hombre de confianza de Napoleón en el reino de Italia. Cuando Aldini fue llamado a Francia, su secretario le siguió. Entonces el joven Mastai escribió a su amigo Marchetti para conseguir ‘un puesto en la administración imperial francesa o en el reino de Italia’. ¿Significa que el futuro papa renunciaba a hacerse eclesiástico? No podemos afirmarlo. Quizá en espera de mejores días, sólo buscaba un empleo remunerado que le distrajera y le proporcionara algún ingreso, pues la situación económica de la familia seguía siendo precaria”.

Pero, ¿significaba que renunciaba a hacerse eclesiástico o significaba que no había sentido aún el llamado a la vida religiosa?

Como sea, Chiron afirma que a fines de 1812 Giovanni María Mastai Ferretti fue inscrito en la Guardia de Honor del Reino de Italia, organizada por Napoleón

¹⁹ Nueva biografía de Pío IX...

Bonaparte, pero que, argumentando sus ocasionales ataques de epilepsia, viajó a Bolonia donde su amiga Giacinta Marchetti, según se decía un amor de juventud, casada por ese entonces con el coronel del mencionado cuerpo militar, conde Francesco Milzetti, gracias a quien obtuvo la exención del servicio. Agrega que permaneció en esta ciudad hasta 1814, que “se comportaba como un joven mundano” y que tanto ahí como en su ciudad natal “frecuentaba los salones, el teatro y los bailes”.

Un biógrafo desafecto a Mastai Ferretti, Ferdinando Petruccelli della Gattina, entrega otra visión de lo ocurrido en esta época.

Señala que luego de abandonar el Colegio de Volterra el conde no retornó a la casa paterna sino hasta 1812 ó 1813:

“Volvió, pues, a Sinigaglia. Su ciudad natal formaba parte entonces del reino de Italia. El siglo estaba enamorado de Napoleón, de los militares y de las ideas guerreras. Juan María cantó la batalla de Austerlitz y se hizo inscribir en las filas de los francmasones. Vivió en medio de los soldados. Se sentía arrastrado hacia la Francia, excitado por las proezas del gran capitán. Sus ojos se volvían hacia las charreteras. Empezó entonces a darse una educación más conforme a sus deseos íntimos y a su nacimiento. Se apasionó del ejercicio de las armas, desplegando en él una gran aptitud y una grande agilidad, a causa de su talla menuda y delgada”.

Agrega que, luego de vivir como noble esta etapa de su alegre juventud en Sinigaglia, incluyendo varios amores, fue enviado a Roma por su familia para que obtuviera una carrera de provecho.

Otros biógrafos señalan que esta decisión se tomó luego de que Napoleón Bonaparte liberara al Papa Pío VII. En su viaje de regreso a Roma, el Papa pasó por Sinigaglia y fue recibido en el palacio de los Mastai Ferretti, sus parientes.

Viajó, entonces, el joven conde a Roma acompañando a su tío, el sacerdote Paulino Mastai Ferretti, pero no optó de inmediato por la vida sacerdotal.

Continúa Petrucelli diciendo:

“Juan María llegó a ser pronto uno de los jóvenes más a la moda y elegantes de Roma. Vio abrirse ante él los salones más buscados de la nobleza. Las mujeres hacían locuras por él y él por las mujeres. Frecuentó principalmente las casas Ghigi, Pianciani, Colona, Doria, Potenziani, se ligó estrechamente con el conde Vicente Colonna, cuya mujer, doña Clara, amaba él perdidamente; lo que no le impedía manifestarse asiduo caballero de las otras damas, figurar en muchas galanterías y hacerse el héroe de muchas aventuras, que se refieren hoy todavía en los salones de los príncipes romanos”²⁰.

Esta es la etapa en la que intenta ingresar a la Guardia Noble. El conde de Fabraquer lo relata así:

“La reacción contra la Francia en 1814 y 1815, y contra todos los que la habían servido, aunque forzadamente, se manifestó en todas las naciones y en todos los que, esclavos de Napoleón durante su dominio, se vengan de su fortuna, despreciando a los que habían

²⁰ F. Petrucelli de la Gattina: Pío IX. Valparaíso, Imprenta de El Deber, 1877. (La primera edición fue hecha en Bruselas, en 1866).

tenido parte, ya en las glorias de sus ejércitos, ya en la administración de su gobierno.

“El conde Mastai Ferretti, personalmente conocido de Pío VII, viene a Roma, bajo su alta protección, a solicitar del príncipe Barberini, comandante superior de las Guardias Nobles, una plaza en este cuerpo distinguido. El príncipe rehúsa acceder a su petición, porque no conceptúa suficiente la robustez del joven Mastai para las fatigas del servicio; empero sus dificultades ceden ante el interés que Pío VII manifiesta por su protegido, y Mastai logra ser admitido en la primera vacante que ocurriese en los guardias de Corps del pontífice.

“Mastai, aguarda que una vacante lo llame al servicio, y se consagra en Roma a recorrer los lugares célebres de la ciudad reina del mundo, tratando de ocupar el tiempo según las excelentes disposiciones de su corazón”²¹.

El 7 de septiembre de 1814 Mastai le escribió a su amigo Marchetti:

La mejor solución sería tomar la sotana, pero, desgraciadamente no tengo vocación”²².

A partir de esta fecha, la vida de Juan María Mastai Ferretti está bien documentada.

En los meses siguientes se dedicó a las actividades sociales, se relacionó con familias de la nobleza romana, participó en el ejercicio académico de Bellas Letras organizado por el Colegio Nazareno, y se inscribió en la Archicofradía de la Santa Casa de Loreto, que reunía en

²¹ La revolución de Roma, p. 25.

²² En Yves Chiron.

Roma a clérigos y laicos de las Marcas, la región del centro de Italia. En la primavera europea de 1815 se inscribió en la Congregación mariana del Colegio Romano, donde también tomó algunos cursos como oyente. Su amistad con un par de sacerdotes de gran prestigio comenzó recién entonces a inclinarlo por la carrera sacerdotal.

Sin embargo, se produjo por entonces la huida de Napoleón de la isla de Elba, los territorios pontificios fueron nuevamente invadidos y el Papa escapó a Génova. Al parecer, en este intermedio Mastai Ferretti tuvo un romance con una joven llamada Teodora Valle Tota, pero en su proceso de beatificación se afirmó que era ella quien estaba enamorada de Giovanni, sin que existiera una relación formal. De todos modos, su vocación sacerdotal se enfrió y tras el regreso del Papa a Roma, en junio de 1815, Mastai Ferretti solicitó su incorporación a la Guardia Noble pontificia, época en la que conoció al joven Chiarisimmo Falconieri, postulante igual que él a este cuerpo militar. Por él conoció el Hospicio Tata Giovanni, que albergaba a niños huérfanos, el cual comenzó a visitar con frecuencia. Camino a una de estas tantas visitas sufrió un ataque de epilepsia que le dejó imposibilitado de continuar con su postulación a la Guardia Noble. Infructuosamente solicitó la intervención de Pío VII para continuar con ella, pues no lo logró.

Volvió, entonces, al seno de su familia en los últimos días de 1815, pero en febrero de 1816 regresó a Roma. Esta vez llevaba la decisión de incorporarse a la vida religiosa.

El 30 de marzo de 1816 le escribió a su amiga Giacinta Marchetti: “Ahora te voy a dar una noticia que posiblemente te parezca extravagante, y cuyo resultado tal vez no apruebes. Mi ropa ha cambiado totalmente, mi forma de vida es completamente distinta y estoy vestido de clérigo porque espero seguir la carrera eclesiástica”.

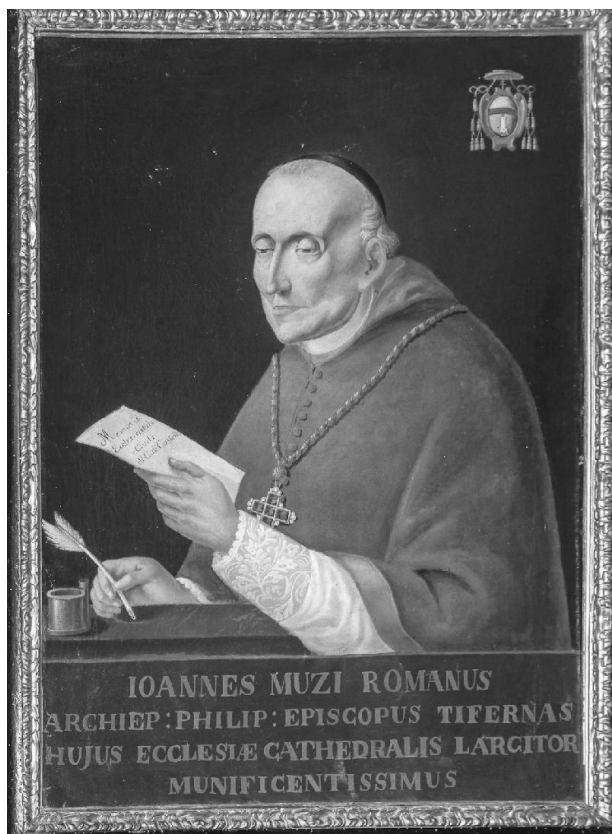
Petrucelli describe lo que había ocurrido. Dice que Mastai Ferretti se presentó como postulante a la Guardia Noble del Papa, pero cuando se enteró la Secretaría de Estado de los ataques de epilepsia que sufría ocasionalmente fue rechazado. Decidió, entonces, entrar a la carrera de la prelatura, “una especie de guardia de honor eclesiástica del papa, un almácigo de donde se sacan casi todos los agentes del gobierno”. Se vistió, por consiguiente, de abate e inició estudios de derecho, frecuentando el estudio del abogado Garirossi, mientras al mismo tiempo se empleaba como coadjutor del obispo Maccarano, canónigo de San Pedro. Lamentablemente, otra vez se supo de su epilepsia y no recibió los títulos de la prelatura, a pesar de que el breve de su nombramiento estaba listo.

Ante este nuevo golpe, dice Petrucelli, obtuvo la ayuda del canónigo Storace, que dirigía el hospicio Tata Giovanni, donde se recogían niños vagabundos para darles educación y un oficio. Una vez en este lugar, comenzó el estudio de las “ciencias sagradas” bajo la dirección del abate Grazioli. Hasta aquí Petrucelli.

Estudió, entonces, en la academia eclesiástica durante tres años y se ordenó sacerdote el 10 de abril de 1819, poco antes de cumplir 27 años de edad. Con unos meses de antelación, el Papa Pío VII le había dado el

cargo de director del Hospicio del Tata Giovanni, donde vivió desde el 1º de febrero de 1818 hasta el 2 de julio de 1823.

El 28 de marzo de 1823 había sido nombrado canónigo supernumerario en la Iglesia de Santa María in Via Lata y en el mismo año se le nombró miembro de la legación que, presidida por el Arzobispo de Filipos y Vicario Apostólico de Chile, Juan Muzi, visitaría América Meridional para buscar una solución a las cuestiones relativas al clero chileno.



Su permanencia en América del Sur

Por la época de la lucha por la independencia de las colonias españolas en América, en Chile, así como en otros países del continente, la jerarquía de la Iglesia Católica se manifestó contraria a la rebelión y fiel a la autoridad del Rey de España. A pesar de esto, muchos sacerdotes y frailes tomaron partido por la causa patriota.

El 30 de enero de 1816, el Papa promulgó una bula dirigida a los obispos de América conminándolos a desarraigar y destruir la revolución: “Fácilmente lograréis tan santo objeto – decía – si cada uno de vosotros demuestra a sus ovejas, con todo el celo que pueda, los terribles y gravísimos perjuicios de la rebelión, si presenta las singulares virtudes de nuestro carísimo hijo en Jesucristo, Fernando VII, nuestro rey católico, para quien nada hay más precioso que la religión y la felicidad de sus súbditos (...)”.

La recalcitrante defensa de la monarquía que había hecho el Obispo de Santiago, José Santiago Rodríguez Zorrilla, le había valido el destierro por tres años.

A pesar de lo anterior, el gobierno chileno estaba interesado en regularizar la situación del clero y de la Iglesia y solicitó al Papa que enviase una delegación para restablecer la armonía entre el poder civil y el eclesiástico.

Para esto, envió a Roma a un Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario, el arcediano José Ignacio Cienfuegos, gran patriota que había estado desterrado durante tres años en las islas Juan Fernández

por su adhesión a la causa de la Independencia. Su misión era obtener el envío de una Misión diplomática al país. A Cienfuegos lo acompañaron Pedro Palazuelos, Santiago Salas Palazuelos y su hermano Manuel, ambos hijos de Manuel de Salas Corvalán, compañero de destierro del arcediano en la isla Juan Fernández, y Manuel Donoso. A la recepción de esta delegación se opuso férreamente el gobierno de España.

La carta que el Secretario de Estado, cardenal Ercole Consalvi, le escribió al Encargado de Negocios de España en los Estados Pontificios, el 6 de julio de 1822, aclara la posición del Papa tras recibir en audiencia a José Ignacio Cienfuegos:

“Habiendo sido informado el Santo Padre que el señor Arcediano Cienfuegos venga a Roma para exponer a Su Santidad las necesidades espirituales de esas poblaciones, cree su beatitud no dejar ignorar a Vuestra Señoría Ilustrísima que él como padre común de los fieles no puede recusarse a escuchar a quienquiera que venga a exponerle lo que toca al estado de la religión, sin entrar por esto en alguna relación política que pueda herir los derechos de los legítimos soberanos (...). El Santo Padre y su gobierno se abstendrán segurísimamente de reconocer y tratar al señor Cienfuegos como Ministro del gobierno disidente de Chile; pero no puede impedirle Su Santidad que como un simple privado que desea hacer presente a la Santa Sede el estado de la religión en el Reino de Chile, entre en los Estados Pontificios, y que entrando en ellos y permaneciendo como un privado pueda el Santo Padre

expulsarlo de ellos sólo porque es ciudadano de una de las Provincias disidentes de la América meridional”²³.

En definitiva, el Papa Pío VII aceptó enviar a Chile a un Vicario Apostólico. Nombró al arzobispo Juan Muzi en tal calidad, al sacerdote Juan María Mastai Ferretti, como agregado a la legación, y al sacerdote José Sallusti, como secretario, además de un camarero llamado Lorenzo Cuneo. Esta delegación no tenía carácter diplomático, para no enemistar al Papa con España.

Los gobiernos de América buscaban mantener el predominio de la autoridad civil sobre el clero, tal como había ocurrido durante el gobierno monárquico.

En 1823, Bernardo O’Higgins había sido reemplazado por Ramón Freire como Director Supremo. Tras el cambio de gobierno, el Senado pidió que se quitaran los poderes a Cienfuegos para evitar la llegada de una misión pontificia que vendría a turbar los ánimos, pero esta decisión no alcanzó a llegar a Roma antes de la salida de la delegación.

El 3 de julio de 1824 salieron de Roma, y se embarcaron en Génova el 5 de octubre a bordo de la fragata *Eloísa*.

Mastai Ferretti escribió un diario durante el viaje, cuyo original se encuentra en la Biblioteca Apostólica Vaticana y que fue traducido y anotado por Carlos Oviedo Cavada con el título “Breve relación del viaje a Chile del canónigo Juan María Mastai Ferretti de Sinigaglia”, para ser publicado en la revista *Historia*, de la Pontificia Universidad Católica de Chile, en 1961. José Sallusti, su

²³ Calm, 13.

compañero de viaje y secretario de Muzi, escribió otra obra mucho más extensa, en cuatro volúmenes, a la que dio por título “*Storia delle missioni apostoliche dello statu del Chile, colla descrizione del viaggio del vecchio al nuovo mondo fatto dall'autore*”, que fue publicada en Roma, en 1827, y que tuvo una edición en Chile, en castellano, en 1906. Pedro de Leturia y Miguel Batllori publicaron en Roma, en 1963, una gran recopilación de cartas y documentos relativos a la misión Muzi con el título “La primera misión pontificia a Hispanoamérica, 1823-1825. Relación oficial de Mons. Giovanni Muzi”. Estas obras nos permiten tener testimonio de primera mano del viaje y de sus incidentes.

Mastai Ferretti se manifiesta contrario a las ideas predominantes entre los americanos y expresa su molestia porque uno de los pasajeros del navío que los trae de Europa, leía obras de Voltaire:

“No puedo silenciar el enorme disgusto que me ocasionaba el que un joven americano leyera descaradamente a Voltaire, quien, sin experiencia, había permanecido solamente por casi tres meses en la Babilonia de Europa (París) y había extraído de allí – creo yo – el pérfido veneno, habiendo llevado consigo mucha disposición para recibirlo. De verdad que me venía el ímpetu de arrojar al mar cada tomo que se me presentaba, ante un tan impío y necio autor. Pero después me dominaba encomendándolo al Señor, ofreciéndole mi disgusto, tanto más grande, cuanto que sabía que había muchos otros de estos libros a bordo”.

El joven al que se refiere debe ser Pedro Palazuelos, el secretario de José Ignacio Cienfuegos, pues

en una carta que Mastai Ferretti le escribe a su hermano Gabriel, el 16 de noviembre de 1824, le contaba que Palazuelos “durante el viaje ocupaba el tiempo en leer a Rousseau y Voltaire bajo los ojos de Cienfuegos”. Llegando a Chile supo que este tipo de lecturas era común: “conversando con el Ministro del Perú don Juan de Salazar me dijo que en Santiago circulaban por muchas manos libros pésimos, como la *Vida de Samuel*, *El origen de todos los cultos*, una vida herética de Jesucristo y otros”.

Por diversas circunstancias – incluyendo unas semanas como prisioneros de los españoles en Palma de Mallorca – arribaron al Río de la Plata recién el 1º de enero de 1824. En Buenos Aires, donde permanecieron sólo dos semanas, encontraron gran desconfianza por las recientes muestras de adhesión del Papa al recién restablecido gobierno absolutista de Fernando VII y el clero mismo no les fue favorable. Mastai en carta que dirige desde Santiago al cardenal Carlo Odescalchi, el 27 de abril de 1824, le cuenta:

“El gobierno y en particular un tal Rivadavia hicieron lo posible para distorsionar esta presencia, y finalmente se nos aconsejó que partiéramos. Entre el clero hay doctos y celosos sacerdotes, y muchos también miserables instrumentos de Rivadavia; hay un impío sacerdote que tiene cátedra en un colegio y, siendo muy materialista, enseña las más perversas doctrinas, se opone a la canonicidad de las Escrituras, a la autoridad de las tradiciones, a la verdad de los milagros, etc. A pesar de ello, la mayor parte de estas poblaciones se conserva en la buena doctrina”.

Según escribe el historiador Diego Barros Arana, en Buenos Aires se creía que esta Misión Apostólica tenía por tarea el espionaje a favor de la Santa Alianza, agrupación de gobiernos que luchaba por volver a instalar al rey Fernando VII en el trono de España. Pero agrega que esto no fue la principal razón por la cual los enviados del Papa fueron mal recibidos en Buenos Aires:

“A pesar del espíritu religioso de la gran mayoría de la población de Buenos Aires, ciertos hechos que en otras circunstancias no habrían tal vez llamado la atención, vinieron ahora a aminorar el prestigio del representante de la curia romana. La concesión de algunas dispensas, la bendición de imágenes y de estampas de santos, y las ventas de reliquias, y de rosarios y de medallas piadosas, presentaban a aquel personaje y a sus compañeros ante una buena porción del público como negociantes que venían a América en busca de dinero. Las burlas a que estos accidentes dieron origen, debieron molestar a Muzi y a sus compañeros mucho más que los actos de desconfianza y de hostilidad del gobierno”²⁴.

El 5 de marzo llegaron a Santiago y fueron agasajados el día 7 con un gran banquete; pero un desaire efectuado por Muzi y la mala idea que tenía el Gobierno de esta legación, a la que se consideraba simpatizante de la causa realista, hizo que esa misma noche el edecán de gobierno hiciera saber al secretario Sallusti la conveniencia de que al día siguiente retornaran a Roma. El hecho, sin embargo, fue superado y durante dos meses permanecieron alojados en el Palacio del Director

²⁴ Barros Arana, 278.

Supremo hasta que en el mes de mayo fueron trasladados a una casa especialmente arrendada para el efecto, en la actual calle Bandera, frente al convento de las monjas capuchinas.

Mastai Ferretti describe la población a la que llegaron:

“Santiago es una ciudad poblada por casi sesenta mil almas, situada enteramente en una llanura rodeada de cordilleras. Sus calles son todas derechas y las manzanas todas de la misma medida de una cuadra, que es la décima parte de una milla cuadrada. Sus calles son anchas y pueden contener tres carrozas, todas empedradas con piedras pequeñas, con un canal en el medio donde suele correr agua, y con aceras a los dos lados con grandes piedras como aquellas de Florencia. Hay dos paseos con árboles, uno al lado del río Mapocho, el otro en la parte opuesta que llaman la Cañada de San Francisco. En el mismo lugar del primer paseo hay una muralla de la altura de un hombre, que en algunas partes es de dos hombres según el nivel del terreno. La muralla tiene una legua de largo y hace de margen al río, para que cuando vaya lleno no desborde hacia la ciudad. Sobre la muralla se puede pasear cómodamente, porque es de casi cinco palmos de ancho y está defendida con un parapeto por la parte del río. La muralla en la parte del norte va a juntarse en un puente, que puede llamarse el principio de la ciudad y tiene nuevo arcos de buena construcción.

“Los mejores edificios son la Casa de la Moneda, la Aduana y el Consulado. Ahora están construyendo casas con mejor gusto, con una apariencia exterior de pilastras y columnas, techo bien blanqueado y con buhardillas

encima. La mayoría de las casas, sin embargo, son de un solo piso y de la siguiente estructura: de la puerta de calle se entra en un patio cuadrado, al que salen en derredor las puertas y ventanas de las mejores habitaciones. Pasando por las habitaciones que están en frente se llega a otro patio que generalmente es un jardín, y a éste salen las habitaciones menos importantes. Comúnmente hay todavía otro patio que corresponde a la cocina y otras dependencias. En muchas casas no faltan muebles del mejor gusto europeo, por haber en Santiago ebanistas franceses, ingleses y alemanes; espejos y cosas semejantes que naves europeas, especialmente inglesas, llevan a Valparaíso. Hay lujo de alfombras, para repararse de la humedad de la planta baja y para encubrir el enladrillado, trabajado muy modestamente, y para hacer decentes las habitaciones. En aquellas casas no se conoce lo que nosotros llamamos *fuga de habitaciones*, porque del patio se entra en una salita y de ésta a una sala de recepción. Generalmente las puertas y ventanas son mal trabajadas, y parece que les interesa más tener una buena mesa que un buen sentido, motivo por el cual siempre se encuentran por las calles hombres y mujeres con la cara amarrada con un pañuelo por el dolor de muelas, fluxiones, etc. Son pocas las casas construidas con ladrillos cocidos. Casi todas se construyen con adobes de barro mezclado con paja, endurecidos al rayo del sol. Los habitantes dicen que las casas edificadas así, según les enseña la experiencia, resisten más a los terremotos, que son frecuentes en el país”.



Plaza de Armas de Santiago

Menciona finalmente la catedral y la iglesia de Santo Domingo, ambas edificadas con piedras; señala que en Santiago hay siete monasterios y algunos conventos pertenecientes a los regulares. Además, hay casi treinta iglesias, tres hospitales, dos casas de ejercicios y un hospicio de pobres.

En cuanto al ambiente intelectual que se vivía en Santiago por esos días, expresa el historiador Francisco Antonio Encina que desde los primeros meses de 1823, tanto en la prensa como en el Senado, “se abogaba por la tolerancia religiosa; se hacía mofa de las supersticiones; se escarnecía la codicia de los párrocos; se pedía el establecimiento de un verdadero tribunal de la inquisición

para calificar los quilates del patriotismo del clero; y se preconizaba la venta de los bienes de las órdenes religiosas, como el medio más eficaz de salvar los apuros financieros del fisco, invocando como precedente la expulsión de los jesuitas de Carlos III”.

La situación moral de Chile la resume Mastai Ferretti en una carta que le escribe al profesor Giuseppe M^a. Graziosi, el 1º de mayo de 1824:

“La verdad es que el pueblo es bueno y religioso; el clero secular es muy ejemplar y dedicado a los ejercicios y a su ministerio. Su vestimenta despierta respeto en los demás.

“Después de las revoluciones ha habido algunos abusos, pero aquí los libertinos e impíos son pocos y se los conoce a casi todos por su nombre. Con frecuencia hay misiones y ejercicios y producen un buen efecto, ya que los libros contra la religión, que a mí me parece que son la principal fuente de la irreligiosidad, se encuentran poco y no tienen ningún éxito”.

Esta opinión puede complementarse con la de su compañero de viaje, el sacerdote José Sallusti, que respecto de la clase acomodada dice:

“Merced pues al cuidado que se tiene en Santiago de la pública instrucción de la juventud, no faltan en aquella capital y en otros principales lugares del Estado sujetos sumamente respetables, muy instruidos en todo género de erudición y doctrina; y toda la Nación en general llega a ser bastante civilizada e instruida. Las personas de primera calidad, puestas en frente de los cultos Europeos, no tienen mucho que humillarse en los grados de la ordinaria cultura; y en nada absolutamente

son inferiores, en la propiedad del vestirse y en lo refinado de la educación y del trato, el cual se encuentra sumamente agradable y cortés tanto en los hombres como en las mujeres. Son de ordinario, tanto los unos como las otras, de cuerpo proporcionado y robusto, de bellas formas y color, y de un rostro simpático y bien formado. Llenos de vivacidad y buen sentido; prontos en las réplicas, cautos y tardíos en las resoluciones, y de mucha constancia en ejecutar lo que se proponen, mientras en sus resoluciones ordinarias no se muestran de mucha firmeza.

“Reinando entre los chilenos la buena fe, son incapaces de usar cualquier traición, y al hablar con ellos se observan por sus expresiones aquellas señales simples y naturales de lealtad que caracterizan a las personas honradas y de bien. Son de índole dócil y de muy buen corazón, amantes de la sociedad y del trato, y su compañía se hace muy agradable y simpática por cierta facilidad natural que encuentra siempre nueva materia de discurso, que mantiene alegre y contenta a toda la compañía. Las mujeres, las cuales no carecen de particulares atractivos, de vivacidad y de sentido, asisten a todas las reuniones de sociedad y de familia con un trato de suyo desenvuelto y agradable, lleno de seriedad y reserva al mismo tiempo; y cualquiera que sea el personaje que con ella conversa confidencialmente o por simple visita de cumplimento, ninguna se alza de su silla, cuando aquel se despidе y parte, aunque la señora se encuentre sola con él”²⁵.

La alta sociedad acostumbraba organizar tertulias para entretener sus noches y por esa época en ellas

²⁵ Sallusti, p. 427.

destacaba Isidora Zegers Montenegro, que por ese entonces tenía 21 años, había recibido una esmerada educación en París, en música y arte, hablaba varios idiomas y destacaba por su belleza y su voz de soprano.

El periódico *El Liberal*, de Santiago, del 17 de agosto de 1824, relataba que en la casa del señor Drewek “se reúne una porción escogida de ambos sexos. La decencia, porte y confianza descubre la serenidad y alegría de corazones puros y amables. Se conversa, se danza y ejecutan retazos preciosos de los mejores autores. Puede decirse que al pisar los umbrales de aquella sala se olvidan enemistades, se disipan tristezas y caracteres fuertes se suavizan. Cada uno conoce el influjo de la música hasta sobre los irracionales, sin que sea necesario recordar las aventuras de Avion en las ondas, de Ulises sobre las costas de Sicilia, y de Orfeo en Colchos, y podrá creerse sin parecer hipérbole que a la voz de la señorita Z**** los circunstantes se pasman dulcemente. Esta señorita es el alma de la reunión. Sus gracias, modales y maestrías animan y estimulan a otras jóvenes hermosuras que ya prometen, sino igualarla, al menos ayudarla a ejecutar piezas más difíciles”.

Esta dama Había llegado a Chile el año anterior, junto a su padre, José Francisco Zegers. Este último era un educador contratado por el gobierno de Chile para ocupar el puesto de oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores, mismo puesto que había ocupado en España al servicio de Napoleón Bonaparte. De este país europeo debió emigrar tras el término del reinado de José

Bonaparte, radicándose en París en 1809²⁶. Integrará, en 1827, en Santiago, la Logia “Filantropía Chilena” de la que se hablará más adelante.

Por otra parte, la situación que se vivía en los conventos era de relajación y de esto da testimonio el mismo Mastai Ferretti:

“El estado de las Órdenes, a nuestra llegada, era de gran decadencia. (Había) discordias y divisiones, especialmente por la elección del Provincial en que se daba bastante motivo de escándalo. La vida común no existía sino en un convento reformado de dominicos, llamados recoletos; los otros, o sea los dominicos de la casa grande, agustinos, franciscanos y mercedarios tenían en común algunos el refectorio; a otros se pasaba una mensualidad. Muchísimos pedían la secularización. El Gobierno cuando tiene necesidad de un local para poner las tropas echa a los religiosos, quienes se ven obligados a retirarse a casas particulares. El clero secular goza de gran estima en la ciudad, como también los monasterios de monjas, que son siete”.

A la llegada de la Misión Muzi, el ambiente entre el gobierno y la Iglesia era de tensión, dada la pertinaz lucha que en defensa del Rey y contra la institución republicana realizaba el Obispo de Santiago, Rodríguez Zorrilla. La delegación, por su parte, fue considerada desafecta a la causa del gobierno nacional y terminó desprestigiada, siendo víctima de burlas y de insultos en las calles, en el

²⁶ Virgilio Figueroa: Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile. Tomo IV y V.

teatro, y en su propio alojamiento, lo que quedó registrado en el relato de los viajeros.

Hasta fines de junio, la delegación sólo se limitó a expedir algunos breves de secularización y rescriptos autorizando a los regulares para testar y obtener beneficios eclesiásticos. A esto agrega Barros Arana que además concedía dispensas, bendiciones y gracias y vendía algunas reliquias que había traído de Italia. Todo ello, sumado a la cantidad mensual que le daba el Gobierno y a los regalos considerables que le hacía el vecindario, le permitía al vicario Muzi obtener una buena renta.

Recién el 10 de junio llegó a Santiago Ramón Freire, el Director Supremo, que venía de una fallida campaña para conquistar la isla de Chiloé, aun en manos de los españoles. Hasta entonces, el gobierno lo había ejercido el Director interino, Fernando Errázuriz, y sólo un par de veces el Vicario Apostólico había sido visitado por el Ministro de Estado, Mariano Egaña.

Según Mastai Ferretti, Freire estaba dotado por su naturaleza de un aspecto gentil, y “tuvimos de él más fácilmente una buena opinión, de la que, en verdad, gozaba generalmente”. Pero aparte de una visita protocolar, Freire no volvió a tomar contacto con la delegación pontificia sino hasta el 2 de julio cuando la invitó a una comida que el gobierno dio en honor del Enviado de los Estados Unidos de América. “Hasta entonces no se había preocupado de las cosas de la Misión Apostólica, antes bien parecía que ni siquiera pensaba en ella”, se queja Mastai Ferretti.

En realidad, el Gobierno tenía otras preocupaciones y dejó para el mes de agosto la búsqueda de solución a los temas eclesiásticos.

Así, el 2 de agosto de 1824 el Gobierno ordenó la separación del obispo Rodríguez de la administración de su diócesis, la cual pasó a manos del patriota José Ignacio Cienfuegos, en calidad de gobernador del Obispado, y el 6 de septiembre promulgó unos decretos relativos a la reforma del clero regular.

Estos hechos impulsaron a Juan Muzi, el 24 de septiembre, a solicitar la devolución de su pasaporte para volver a Roma, poniendo como condición para modificar esta resolución la revocación de los decretos sobre la reforma. Ante esto, el Gobierno le envió los pasaportes el 7 de octubre.

Mastai Ferretti recuerda en su diario las actividades antes de emprender el viaje: “Las ocupaciones en esos días fueron muchas. Las indulgencias, los oratorios privados, otras gracias y más que todo las secularizaciones y las pretensiones de los religiosos daban mucho que hacer. Este último ramo era exclusivo del compañero José [Sallusti] y por gracia del cielo en toda mi permanencia en Chile no hice sino dos rescriptos de éste género, mientras todos los secularizados habrán sido 300 o poco menos”.

A esto hay que agregar otros negocios que hizo el Vicario Juan Muzi en Chile:

“Las gracias y licencias concedidas por el vicario mediante un estipendio pagado en buenas onzas de oro, para establecer y mantener oratorios particulares, para eximir a una familia de la obligación del ayuno, para conceder bendiciones e indulgencias a ciertas imágenes o

estampas de santos, eran motivo de murmuraciones que minaban el crédito de la legación pontificia, aun en el concepto de las personas que por falta de cultura, no estaban en situación de apreciar los móviles políticos de los gobernantes que en esas cuestiones querían afianzar la independencia y soberanía del Estado. Llegose a poner en duda y hasta a negar el carácter apostólico de que aquella legación se consideraba revestida. ‘¿En dónde, preguntaba poco más tarde un periódico de Santiago, abrieron los apóstoles feria para vender por dinero franquicias de un carácter puramente espiritual?’²⁷.

Como un paréntesis señalemos que para la atención de todos estos rescriptos se cobraba una determinada tasa y todo ese dinero, según indica Mastai Ferretti, era enteramente para el Vicario Muzi. Cuando la nave en que viajaban de regreso se detuvo en Gibraltar, su capitán mostró algunas dificultades para proseguir viaje, dado que su carga consistía casi toda en dinero en efectivo, una suma de ochenta mil pesos, y temía ser atacado por los corsarios del Mediterráneo. Dice Mastai Ferretti que “se había esparcido la voz de que en su navío había quinientos mil escudos, contando con el dinero de Monseñor; a mi entender creo que lo de su propiedad ascendía a lo más a doce mil escudos”. Para cerrar el paréntesis hay que explicar que mil escudos de la época ascendían a unos 24.500 dólares actuales²⁸.

²⁷ Barros Arana, 414.

²⁸ Calm, 220.

Según Mastai Ferretti, “las demostraciones de todo el pueblo por el disgusto de esta partida fueron demasiado claras”.

El periódico El Liberal, del 22 de octubre, informaba:

“Con el sentimiento de verdaderos católicos romanos hemos visto partir al vicario apostólico, monseñor Juan Muzi (Alejandro como lo llama su santidad), sin haber remediado los males para los que fue traído, sin haber servido a la religión, a su santidad, ni a los pueblos en cosa alguna. Parece que han ocurrido para esta pronta partida motivos públicos y privados. Entre aquellos se cuenta la ocupación por el gobierno de los bienes de regulares y sujeción al ordinario, que se hizo sin su sanción aunque con su noticia, y la resistencia a consagrar los obispos que se le presentaron por el gobierno en uso de sus facultades, que no le niega y que ha reconocido extensamente el santo padre. Entre los motivos privados, el descontento de S. S. I. por la cortedad del sueldo (\$6.000), por la libertad de imprenta que se decretó el 2 de julio sin su consentimiento, y por haber presentado para los obispados hombres cargados de méritos, de virtudes, de opinión y los decanos del clero de Chile, con desprecio de la recomendación de su señoría, a favor del joven Mastai, su familiar”.

Barros Borgoño afirma: “Hemos visto, además, algunos documentos particulares que demuestran evidentemente que en 1824 fue creencia general que las negociaciones con el vicario apostólico se interrumpieron por no haber querido el gobierno de Chile aceptar al canónigo Mastai para obispo auxiliar”.

El Director Supremo informó los resultados de esta Misión Pontificia en el mensaje que dirigió al Congreso Nacional el 4 de julio de 1826:

“Ni la conducta que observó el gobierno con respecto a dicho vicario, ni los obsequios y consideraciones que se le prodigaron, fueron bastante a satisfacerlo ni a impedir la inesperada resolución de su partida. Pretendió ingerirse en negocios ajenos de su objeto y de su jurisdicción puramente espiritual; y trastornando todos los principios del derecho político, exigió con el tono altivo de la supremacía de los tiempos de Hildebrando, el asentimiento junto con la degradación del gobierno, y la ruina de instituciones (entre otras, la libertad de imprenta) fundadas con el precio de quince años de sacrificios por la libertad. El gobierno de Chile opuso sus derechos y prerrogativas a tan exorbitantes pretensiones; y el vicario papal, que ya había desmentido los sentimientos de humanidad y de beneficencia cristiana, propios de su carácter y de su misión apostólica, precipitó su marcha, encubriendo misteriosamente la causa, y abandonó con negra ingratitud un pueblo humano, hospitalario, y católico que había sacrificado cuantiosas sumas en su obsequio”.

Entre tanto y sin que su texto hubiese podido llegar a América todavía, el Papa León XII promulgó una bula el 24 de septiembre de 1824 en apoyo del rey Fernando VII y contrario a la independencia de las antiguas colonias.

El día 19 de octubre la comitiva emprendió viaje a Valparaíso para embarcarse el día 30 con rumbo a Montevideo.

A bordo de la nave *La Colombia*, a los 54 grados de latitud, cerca de Tierra del Fuego, Juan María Mastai Ferretti le escribe una carta a su hermano Gabriel, el 16 de noviembre de 1824, en la que le cuenta extensamente los malos resultados obtenidos por la Misión:

“Los actuales Gobiernos americanos están todos convulsionados por los continuos cambios a que se ven sometidos. En ese estado se encuentra actualmente el Gobierno de Chile. Es necesario recordar que esta Misión Apostólica fue pedida por el Gobierno Independiente de Chile, pero en un momento en que los individuos que estaban a la cabeza del mismo Gobierno eran todos diversos de los actuales; una revolución cambió las cosas y el que entonces era Director Supremo del Estado (*O’Higgins*) huyó para evitar los efectos de la ira de sus enemigos. El Director reemplazante no ha mostrado ningún interés por dicha Misión. Cuando llegamos a Santiago estaba éste ocupado en una expedición militar contra la isla de Chiloé, en poder aún de los españoles, a los cuales continúa perteneciendo todavía. Volvió a Santiago el 10 de junio, es decir, tres meses después que nosotros habíamos llegado allá. En esos tres meses, nada pudimos hacer para el desempeño de nuestra misión, pues el Director interino nos decía que era necesario esperar la vuelta del Director propietario para dar curso a dicha Misión. Entre tanto, estábamos bien tratados y provistos de todo, como he escrito otras veces largamente a nuestros padres.

“Llegó el Director propietario, don Ramón Freire, el 10 de junio, como dije, y mientras confiábamos en que su venida quitaría cualquier obstáculo a nuestras

actividades, he aquí que en el mes de julio estalla otra revolución, en la que el mismo Director tuvo mucha parte. La Constitución que se dio este Estado el año anterior otorgaba escasos poderes al Supremo Director, a quien le impedía cualquier arbitrariedad el Senado, compuesto por los principales caballeros del país, el cual tenía facultad para sancionar o rechazar todas las providencias en materia grave que emanasen del Director. Desagradaban a éste los vínculos que se habían trabado o, por mejor decir, estos vínculos desagradaban a algunos mal intencionados que, queriendo abusar de la confianza que gozaban del señor Freire (hombre *terque quaterque* bueno²⁹) para sus intereses privados, necesitaban hallar en él mayor autoridad para lograr sus pérfidos designios.

“Es de notar que el señor Freire era aún el Generalísimo de las tropas y gozaba de toda su confianza. Se presentó al Senado y dijo que él se veía forzado a renunciar al cargo de Director Supremo porque la limitación de sus poderes le impedía remediar los males de Chile. Todo esto estaba ya combinado. Difundida esta noticia, se reunió parte del pueblo, es decir, los descontentos con un poco de la plebe, diciendo que no aceptaban tal renuncia. El mismo Senado se opuso y hasta llegó a conceder que se suspendiesen algunos artículos de la Constitución, es decir, aquellos que más directamente se oponían al libre ejercicio de su poder, pues tampoco el Senado quería disgustar al señor Freire, que tenía en sus manos la fuerza y era, además, un buen hombre. Pero el Senado no conocía aún el carácter de los amigos de Freire.

²⁹ Latinazgo por “hombre muy honrado”.

El hecho es que la revolución de julio tuvo por objeto abolir totalmente el Senado y la Constitución. Triunfó; por más que en lugar del verbo ‘abolir’, se empleaba el de ‘suspender’.

“Quitados esos frenos, los amigos de Freire, es decir, los Ministros, no tuvieron más obstáculos para la ejecución de sus planes. Se permitió inmediatamente la libertad de imprenta, comenzando por escribir herejías, lo que aún se continúa. Se intimó al Obispo por sospechas de oposición a la Independencia, a que en el término de tres días abandonase el gobierno de la diócesis, obligándolo a escoger a un determinado sujeto para Vicario General. Fueron sometidos a este último todos los Regulares del Estado. Finalmente, en la noche del 23 de septiembre se presentaron diversos Comisarios a la misma hora en todos los Conventos de Chile, tomando posesión de los bienes muebles e inmuebles y declarando que todos aquellos que no se contentasen con recibir una pensión anual, dejaran el hábito y el Convento, y que para obtener la secularización que se presentasen al Vicario General o, como lo llaman en América, al Gobernador del Obispado. Entre tanto, el Vicario Apostólico, que estaba investido por el Santo Padre de amplísimas facultades, especialmente para con los Regulares, era considerado como un ser inexistente en Chile y, lo que es todavía peor, venía a quedar evidentemente comprometido, puesto que en su presencia, esto es, en presencia de un Representante del Sumo Pontífice, llamado por Chile con el único objeto de remediar los males espirituales que lo afligían, estos aumentaban a causa de una refinada malicia que consistía

en gozar del doble placer: de aumentarlos y de aumentarlos en su presencia (...)”³⁰.

Tras abandonar Valparaíso el 30 de octubre, la delegación arribó a Montevideo el 4 de diciembre; permaneciendo en esta ciudad - brasileña por esa época – más de dos meses, hasta el 18 de febrero de 1825 cuando partieron rumbo a Génova.

En Montevideo vivieron en la casa del párroco de la provincia, Dámaso Antonio Larrañaga. Este sacerdote era patriota y masón³¹, hombre de mucha cultura, naturalista, miembro de la Sociedad de Historia Natural de París, poseedor de una biblioteca con varios centenares de libros, etc. Por el aporte que hizo Larrañaga a la ciencia, la posteridad le dio el título de “primer sabio oriental”. En 1821 había fundado una Sociedad Lancasteriana en la que se educaron muchos líderes destacados del Uruguay.

Sallusti cuenta que Larrañaga, “con la amabilidad que le es propia, nos recibió en su casa, y nos trató espléndidamente en todo el tiempo de nuestra permanencia allí e invitó a muchos otros diariamente a la comida”.

El Cabildo de Montevideo le propuso al Vicario Apostólico que consagrara un obispo *in partibus*, y para el puesto señalaron al mencionado Larrañaga; pero no lo hizo Muzi por carecer de facultades.

Relata Mastai Ferretti que se sintió inclinado a radicarse en Montevideo, pero que fue disuadido por un celoso eclesiástico, que “exageró los peligros espirituales

³⁰ Calm, 138-149.

³¹ Alfonso Fernández Cabrelli: La Francmasonería en la Independencia de América. Montevideo, Ediciones América Una, 1988, p. 167.

a que se expone un eclesiástico solo, especialmente si es joven, cuando no hay de quién tener un consejo o un buen ejemplo, viviendo en el campo; me hizo conocer que no proporcionaría una menor utilidad a los fieles quedándome en la ciudad”. Expone que en Montevideo sus habitantes generalmente actuaban en contravención del sexto y séptimo mandamientos, pero también contra el quinto. A este respecto consigna: “Me tendré que acordar siempre del gran sufrimiento y motivo para merecer que me han causado las Confirmaciones, por la indecencia de los vestidos y por la belleza de las figuras, debiendo estar al lado de Monseñor para enjugar las frentes”.

José Sallusti relata un acontecimiento de mucho interés, pues revela detalles sobre una institución considerada masónica por los uruguayos de esa época. Cuenta que existía en Montevideo un Hospicio de la Caridad, en el que se educaban algunos niños y donde había una capilla llamada de San José, “que consiste en una simple capilla bastante limpia y de buena construcción moderna”. Para depósito del agua bendita, usaban una gran concha blanca que había sido encontrada en las Indias Orientales por los hermanos de Larrañaga. En dos oportunidades el Vicario Muzi fue invitado a administrar la confirmación en este recinto. En la primera oportunidad se le hizo entrega de un gran diploma que lo declaraba Hermano de esta asociación llamada Casa de la Caridad. Continúa su relato:

“La segunda confirmación administrada en la capilla fue el día 16 de enero de 1825. Antes de empezar la confirmación, estando el Vicario Apostólico sentado delante del altar mayor, fue investido, por el Gran Prior de

la Hermandad, con la insignia distintiva de aquel Instituto de Caridad, que era una gran faja encarnada con un corazón en el centro. Le fue colocada de modo que quedara el corazón en medio del pecho, como la llevan todos aquellos hermanos. Después, revistiendo el pluvial, confirió la confirmación al pueblo con la doble insignia de Arzobispo y de Hermano del Instituto de Caridad de Montevideo. A muchos no agradó esta pública investidura e incorporación del Vicario Apostólico a aquel Instituto de caridad; porque sospechan algunos mal intencionados que aquel Instituto es una Logia Masónica. Nosotros debemos creer que tal sospecha es la consecuencia de una calumnia; y por esto no veo en qué pueda ser reprehensible el Vicario Apostólico, a no ser por la publicidad con que se hizo colocar, en presencia del pueblo, aquel distintivo del Instituto, en el acto de administrar la confirmación, confundiendo así la insignia de la Hermandad con los hábitos Pontificales de Arzobispo, que en la persona de un representante público del Papa no reconocen distintivo igual, con el cual deban estar unidos en el ejercicio de las sagradas funciones. Pero, como en aquella circunstancia el Vicario Apostólico fue sorprendido debemos excusarlo”³².

La tradición masónica uruguaya sostiene que esta Hermandad del Hospital de Caridad correspondería a una Logia llamada “San José”, y que en ella se había iniciado Mastai Ferretti durante su visita a Montevideo³³.

Por otra parte, hay certeza de que por esa época había Masonería en la capital uruguaya: “Durante el

³² Sallusti, p. 682.

³³ Mario Dotta Ostria: La Masonería y el proceso histórico del Uruguay.

período luso-brasileño, sin duda hubo actividad masónica en Montevideo. Se encuentran indicios ciertos de ello en documentación relacionada con destacados hombres del período como don Joaquín de la Sagra y Periz. La Logia a que hace referencia el documento a nombre de Sagra es la Logia ‘Perfeita Amizade’ presente en 1822 en Montevideo”³⁴.

Mientras la delegación pontificia permanecía en Montevideo, se recibieron noticias del triunfo de Simón Bolívar sobre las armas españolas en Perú y Mastai Ferretti da testimonio del patriotismo de Larrañaga, en cuya casa alojaban:

“A las noticias de la victoria de Bolívar, varios eclesiásticos exultaron, y especialmente el párroco de Montevideo, don Dámaso Antonio Larrañaga, sin reflexionar que, fuera como fuera, el Gobierno de España protegía a la religión, mientras los actuales Gobiernos independientes miran directamente a destruirla. Este ha sido el gran mal de la Religión en las revoluciones, que los eclesiásticos han tomado en ellas una parte activa en lugar de conciliar los ánimos en la paz”.

Como ya señalamos, partieron de Montevideo el 18 de febrero y llegaron de vuelta a Roma en julio de 1825.

³⁴ Ibidem, 30.

La posibilidad de que existiese una Logia en Chile por esa época

Durante los meses que permaneció la delegación en Santiago, las relaciones entre José Sallusti, el secretario, y Mastai Ferretti se deterioraron, y ambos dejaron constancia de esto en sus relatos del viaje.

Mastai Ferretti escribe en su diario, en julio de 1824: “La cabeza del buen Sallusti siempre visionaria, ligera e inconstante (como me lo habían pintado en Roma el Eminentísimo Odescalchi, el señor canónigo Federico y el señor Abate Baini)”;

“exageraba los malos tratos que le parecía recibir de Monseñor”;

“se quejó de no estar bien pagado”, etc.

Es de suponer, entonces, que hicieran amistades diversas y que, durante los muchos meses de inactividad que tuvieron, Mastai Ferretti pudiese hacer visitas sin sus compañeros de viaje.

Su diario no revela todas las actividades que realizó; de hecho, pasan semanas sin que escriba en él. Sin embargo, deja ver que viajó por algunas partes del país, pues consigna una visita a una hacienda en Tagua Tagua, propiedad de Fernando Errázuriz, el Director Supremo en ausencia de Ramón Freire, y a otra en Calera de Tango, de los Ruiz Tagle; en su diario menciona que estuvo confesando en una misión en el campo. Según escribía

Carlos Peña Otaegui, “hasta en Concepción se conserva el recuerdo de la visita del futuro Papa”³⁵.

Esta libertad de movimiento le habría permitido concurrir a alguna logia masónica en Santiago.

De acuerdo a los informes que presenta el Vicario Apostólico Juan Muzi no hay duda de la existencia de Masones y Masonería en América del Sur por esos años:

En el informe que envía al Secretario de Estado, cardenal della Somaglia, desde Montevideo el 8 de enero de 1824, dando cuenta de la situación política y religiosa de Montevideo y sobre el Gobierno de Buenos Aires, expresa:

“Las tropas europeo-portuguesas que han prestado servicio al Emperador del Brasil han difundido las logias masónicas en todo el Brasil, como ahora en Montevideo, que antes pertenecía a Buenos Aires”³⁶.

La Masonería en Montevideo se había desarrollado, en efecto, desde hacía varios años. El semanario *El Patriota*, del 27 de agosto de 1822, publicó un artículo contra la Francmasonería señalando:

“Hay hombres bastante inocentes para persuadir que un triángulo, una escuadra o martillo, pueden con su sola presencia elevar y ennoblecer sus almas. Siempre los humanos han sido juguetes de los impostores. Con estos talismanes se ha convertido tales sociedades en otros

³⁵ Carlos Peña Otaegui, *La primera Embajada Pontificia y Pío IX en Chile*. Santiago, Editorial Difusión Católica, 1942: 48.

³⁶ “Le truppe portoghesi europeee che hanno preso servizio presso l'Imperatore del Brasile hanno diffuso le logge massoniche in tutto il Brasile, como ancora in Monte Video, che por lo avanti apparteneva a Buenos Aires”. (Leturia, p. 157).

tantos clubes políticos y desde el seno de las sombras erigiéndose en delegados de Salomón, de Cristo y de otros que se les antoja, disponen del destino de los pueblos... No por eso condenamos universalmente las Logias. Las hay en Inglaterra y Estados Unidos cuyo instituto no tiene más objeto que la filantropía. Las aplaudimos en todas partes, si prescindiendo de todo asunto político, se limitasen al de aquellas y llevasen el carácter de públicas. De nada vale proclamar los derechos del hombre si después se han de hollar escandalosamente”³⁷.

Muzi se refiere a la Masonería de Buenos Aires, en carta que le escribe al mismo cardenal della Somaglia, desde Santiago de Chile el 5 de mayo de 1824:

“De Buenos Aires se enviaron emisarios a toda la provincia para sostener la Masonería con todas las necesarias consecuencias”.³⁸

Luego del cambio de gobierno ocurrido en Santiago el 19 de julio de 1824, cuando Ramón Freire obtuvo el poder total al suspenderse las funciones del Senado, señala Muzi que el poder en realidad quedó en manos del ministro Francisco Antonio Pinto, “persona coligada con los illuminati de Buenos Aires, de París, de Londres, donde ha viajado”³⁹.

En un manifiesto que escribió el 24 de noviembre de 1824, a bordo de la nave que lo llevaba a Montevideo,

³⁷ Citado por Mario Dotta Ostria: La Masonería y el proceso histórico del Uruguay, p. 36.

³⁸ “Da Buenos Aires si spediscono emissarij in tutte le Provincia per sostenere il Massonismo, con tutte le necessarie conseguenze”. (Leturia, p. 241).

³⁹ Leturia, 407.

y que no fue publicado aunque estaba destinado a explicar los motivos de su partida, señaló en italiano:

“Es peligroso también un Enviado Pontificio en estas partes, porque en casi todos los gobiernos existe gente illuminati a la cabeza de los mismos (...)”⁴⁰.

Es más claro aún al respecto cuando relata que en estos países existe una tendencia a considerar mejor un cristianismo fundado en la interpretación personal de las Escrituras y que se glorían de la libertad de prensa y de la libertad de cultos que, al menos en los hechos, ya han introducido. Dice en seguida:

“El señor Rivadavia, Ministro de Estado en Buenos Aires, cuando fui a visitarle, me hizo un largo discurso sobre la necesidad de este cristianismo general, que serviría a la moralidad de los pueblos, pero que en esencia reuniría todas las sectas en un cuerpo informe y confundiría, si fuese posible, la religión Católica con las heces de las sectas mismas.

“A partir de este esbozo de la historia se reconoce que el Iluminismo y la Masonería se va extendiendo en la América Meridional. Esto hace que intente poner como Gobernadores, Directores y Ministros a personas Illuminati, para dar impulso y movimiento al espíritu público, contra nuestra verdadera y única Santa Religión”⁴¹.

⁴⁰ “È pericoloso altresì un Inviato Pontificio in queste parti, perché, quasi in tutti i Governi essendovi persone illuminate al Capo dei medesimi...”. (Leturia, p. 412).

⁴¹ “Il Sigr. Ribadavia, Ministro di Statu in Buenos Aires, quando fui a fargli visita, mi fece un lungo discorso della necessità di questo Cristianesimo generale, che servirebbe alla moralità dei popoli, ma che in sostanza



Francisco Antonio Pinto

riunirebbe tutte le sette in un corpo informe informe, e confonderebbe, se fosse possibile, la Religione Cattolica nella feccia delle sette medesime. “Da questo abozzo di storia si ravvisa che l’Illuminismo e Massonismo va dilatandosi nell’America Meridionale. Questo fa che tenta di porre per Governatori, Direttori e Ministri persone illuminate, acciò diano impulso e movimento allo spirito pubblico, contro la vera e unica nostra santa Religione”. (Leturia, p. 419).

Dos años después de abandonar América, el 16 de mayo de 1827, el capellán Pedro Antonio de Portegueda le escribía a Muzi desde Montevideo contándole que la Masonería seguía propagándose con fuerza por los países de este continente:

“He tenido ayer el gran consuelo de recibir las cartas con que V. E. me favorece, de agosto y septiembre del año último, incluso la Bula de S. S. contra los Sectarios, de la que tenía copiado un extracto que dieron los periódicos extranjeros, habiendo ahora salido del recelo en que estaba de que éstos mismos, como que tienen el dominio de todas las prensas, la hubiesen adulterado. Procuraré ahora con más seguridad hacerla saber, porque estos países están bullendo en esta perversa casta de gentes, con la circunstancia de ser de los peores, que, no teniendo lugar por Europa, han venido a buscarlo a América”.⁴²

Esta carta hace referencia a la Bula promulgada por el papa León XII en 1826 contra los masones. Pero no era la primera vez que este pontífice se preocupaba de la Masonería, pues el 13 de marzo de 1825 había dado a conocer sus Letras Apostólicas sobre el mismo tema, resumiendo todo lo que hasta el momento habían publicado los papas sobre la materia⁴³.

El canónigo Mastai Ferreti, de un carácter afable y bondadoso, había conquistado muchas simpatías en Chile. Según expresaba Luis Barros Borgoño, “muchas personas

⁴² Leturia, p. 623.

⁴³ Historia del Papa León XII, traducida ahora por primera vez al castellano de la que escribió en francés el Caballero Artaud de Montor (...). Madrid, Establecimiento Tipográfico de don Manuel Pita, 1850.

piadosas e influyentes de la sociedad chilena cultivaron relaciones de amistad con los individuos que componían la legación pontificia de 1824. Todas ellas conservaron grato recuerdo del secretario Sallusti y del agregado Mastai, que parecían dotados de un carácter suave y bondadoso; pero nadie tuvo estimación personal por el vicario”.

Entre las muchas variantes de Masonería que surgieron a fines del siglo XVIII en Europa – uno de las cuales fue el Rito Escocés Antiguo y Aceptado que comenzó a difundirse por Europa a partir de 1804 y que era muy distinto a los ritos anglosajones – apareció la Masonería organizada por los americanos que buscaban la independencia de las colonias de España. En Chile se creó la Logia Lautarina, que tuvo una importancia hegemónica en el gobierno desde 1817 hasta 1820.

Miembro destacado de esta logia había sido Francisco Antonio Pinto, que durante la permanencia de la Misión Muzi en Santiago ocupó el cargo de Ministro de Gobierno de Ramón Freire y a quien, como ya vimos, Muzi califica de Illuminati.

El mismo Ramón Freire, Director Supremo de Chile, había integrado la Logia Lautaro.

Luego de una entrevista sostenida entre Bernardo O’Higgins, que se encontraba esperando el juicio de residencia sin poder abandonar la ciudad de Valparaíso, y Ramón Freire, que había asumido el mando de la nación en su reemplazo, aquel le escribe al lautarino Miguel Zañartu el día 12 de febrero de 1823: “El general Freire, nuestro amigo, salió ayer de aquí. A su salida me protestó

los sentimientos más puros de la sinceridad y amistad”⁴⁴. El 11 de abril de 1823 Freire le escribe a O’Higgins informándole que ha sido elegido Director Supremo interino el día 4: “Necesito siempre la dirección y consejos de los amigos. Los de usted me serán siempre estimables”⁴⁵.

Además, en la carta que Bernardo O’Higgins le escribe a Ramón Freire desde Valparaíso, el 2 de marzo de 1823, para felicitarlo por haber sido elegido como gobernante en su reemplazo, le dice: “El árbitro de los destinos señala a usted para consumarlos. ¡Que su alta Providencia, guiando sus pasos, lo corone de glorias como a hijo predilecto de Lautaro! es el deseo sincero de su antiguo compañero e invariable amigo”.

Un último ejemplo. El 5 de abril de 1823 O’Higgins le escribe al senador José María Rosas: “Mucho he celebrado el acertado nombramiento de nuestro hermano y amigo Freire al directorio, pues así solamente podrán calmarse las pretensiones ilimitadas de las provincias que precipitaban al país a su ruina”.

Benjamín Vicuña Mackenna, que transcribe las dos últimas cartas en su libro “Vida de O’Higgins”, señala en una nota que el uso de la palabra “hermano”, “por la manera como está escrita en el original, con dos hileras de puntos suspensivos, se refiere a la Logia de que Freire hacía parte, probablemente desde 1819 ó 20”.⁴⁶

⁴⁴ Encina, p. 14.

⁴⁵ Encina, p. 30.

⁴⁶ Benjamín Vicuña Mackenna. Vida de O’Higgins: La corona del héroe. Obras Completas de Vicuña Mackenna. Santiago, Universidad de Chile, 1936.

Pero por la época de la venida de la delegación apostólica, la Logia Lautarina había desaparecido y, de acuerdo a los testimonios recogidos por la tradición y hechos públicos por Isidoro Errázuriz y Benicio Álamos González, la Logia que existía en la ciudad por esos años se llamaba “Aurora” y estaba presidida por el fraile Camilo Henríquez.

Camilo Henríquez es considerado el fundador del periodismo en Chile, fue difusor de las ideas de Voltaire, Rousseau y Montesquieu y férreo partidario de la independencia nacional. Durante su vida religiosa en Lima fue procesado y sometido a presidio por la Inquisición bajo el cargo de leer libros prohibidos. Después de volver a Chile en 1810 nunca más volvió a hacer vida de convento.

Tras la derrota de las armas patriotas en 1814, Camilo Henríquez vivió en Buenos Aires, donde redactó la *Gaceta de Buenos Aires* y *El Censor*.

En esa ciudad, el 31 de enero de 1822, recibió el título de Miembro Honorario de la Sociedad Literaria. Esta institución, o era masónica o tenía su inspiración: “aunque encubierta con una finalidad literaria, debió tener otra política si se considera algunas de sus características de vida interna y cuyas fundamentales que les da algún roce con prácticas masónicas, recordaré: ‘Todo afiliado prestaba juramento de guardar el más absoluto secreto sobre su constitución, finalidades y asuntos tratados, como también sobre sus componentes’”⁴⁷.

⁴⁷ Lazcano, p. 135.

Camilo Henríquez volvió a Chile cuando el Director Supremo Bernardo O'Higgins, confirió el empleo de capellán de ejército del Estado Mayor General, al "clérigo regular ciudadano Camilo Henríquez", del cual se tomó razón el 12 de abril de 1822 a poco de llegar a Santiago. Este trabajo, afirma Raúl Silva Castro, le permitió abandonar el traje talar, para vestir intermedio de castrense y de civil. Henríquez fue nombrado también bibliotecario de la Biblioteca Nacional 10 días después del anterior nombramiento, con la obligación de editar la *Gaceta Ministerial* y crear un periódico que se llamó *El Mercurio Chileno*. El 30 de enero de 1823, la Universidad de San Felipe, en Santiago de Chile, le confirió el título de licenciado y doctor en la Facultad de Sagrados Cánones y Leyes. En 1824 fue miembro del Congreso en representación de Copiapó. El 30 de noviembre de 1824 fue nombrado oficial mayor del Departamento de Relaciones Exteriores, pero no alcanzó a asumir el puesto, pues en enero de 1825 hizo testamento y murió el 16 de marzo del mismo año⁴⁸.

Camilo Henríquez, al llegar a Chile en 1822 y encontrar al gobierno de O'Higgins en una pugna creciente con la Iglesia, asumió la apología de los filósofos de la Ilustración - a quienes llamó "Apóstoles de la razón" - y de la reforma del clero regular. En su contra escribió el sacerdote Tadeo Silva, expresando que "se duda de las creencias religiosas de Camilo Henríquez, que en contravención a las órdenes de la Iglesia ha

⁴⁸ Silva Castro, Raúl: Fray Camilo Henríquez. Fragmentos de una historia literaria de Chile en preparación. Santiago, Editorial Universitaria, 1950.

recomendado la lectura de esos autores condenados. Asimismo por su continuo conato para introducir en Chile la tolerancia ilimitada de toda secta anticatólica solicitando ansiosamente ver una Mezquita de moros al frente de una catedral, una sinagoga o una pagoda al lado de cada parroquia, una logia o un templo de luteranos cerca de cada convento, para que cada cual vaya adonde guste a los oficios religiosos”⁴⁹.

Por lo demás, como secretario del Senado, junto a José Miguel Infante, había solicitado que se retirasen los poderes de José Ignacio Cienfuegos porque la venida a Chile de un Nuncio “iba a producir solamente discusiones religiosas estériles, exacerbación en los disturbios políticos, muchos males y ningún bien”⁵⁰.

De acuerdo a un testimonio logial, Camilo Henríquez habría tenido documentación que acreditaba su calidad de masón:

En la Tenida del 29 de mayo de 1865 de la Logia “Justicia y Libertad” N° 5, de Santiago, el masón Miguel Lazo informó que el hermano Juan Gregorio Las Heras estaba muy enfermo, próximo a la muerte. Solicitó que se comisionase a alguien para pedirle los títulos, insignias y documentos masónicos que pudiera tener. También dijo que en manos de un profano de apellido Alvarado existían unos títulos de masón, los que sería conveniente recoger. Se comisionó para esto al hermano Herminio Volkmann.

⁴⁹ Ricardo Bustos Castillo: “Camilo Henríquez, masón chileno en América”. La Masonería Chilena en América. Ponencias. Segundo Simposio de Investigación Histórica. Resp. Logia de Investigación y Estudios Masónicos Pentalpha N° 119. Santiago, 2007.

⁵⁰ Bustos, op. cit., p. 137.

En la tenida siguiente, celebrada el 12 de junio de 1865, el Venerable Maestro ordenó la lectura de la plancha de la tenida del 29 de mayo, y después de haber expuesto el hermano Volkamnn que los mencionados títulos masónicos pertenecían al finado hermano Camilo Henríquez, se dio por aprobada.

Aunque Mastai Ferretti no menciona en sus textos a Camilo Henríquez ni a ninguno de los demás miembros conocidos de esta Logia “Aurora” (José Miguel Infante, Ramón Errázuriz y Francisco Antonio Pinto) como integrante de su círculo de relaciones, es indudable que pudo conocerlos a todos.

Camilo Henríquez, en su condición de diputado por Copiapó y Secretario del Congreso, debió concurrir a las reuniones sociales del Gobierno; José Miguel Infante también formaba parte del Congreso y veremos que estuvo muy vinculado a la Misión Apostólica; Ramón Errázuriz era hermano de Fernando Errázuriz, Director Supremo durante la ausencia de Ramón Freire; y Francisco Antonio Pinto, era ministro de Ramón Freire y principal impulsor de las leyes “anticlericales”.

Puede suponerse que Infante haya sido iniciado masón durante su permanencia en Buenos Aires, entre 1814 y 1817. Se sabe sí que su interés por la literatura de los filósofos franceses data de antes de 1810, cuando leyó las obras traídas a Chile por José Antonio de Rojas⁵¹ y no sin provecho, pues a su genio se debe la ley que abolió la esclavitud en el país en 1823. Estuvo íntimamente

⁵¹ Jaime Eyzaguirre. La Logia Lautarina. Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre, 1973, p. 68.

relacionado con los miembros de la Misión Muzi, pues fue nombrado Asesor del Tribunal del Vicario Apostólico, con sueldo de dos mil escudos que pagaba el Gobierno.

El chileno Ramón Errázuriz Aldunate, por su parte, fue un personaje notable en varios aspectos. Nació en Santiago en 1785, aquí hizo sus estudios humanísticos y en 1801, al cuidado de su hermano mayor, viajó a Cádiz donde se radicaron ambos para dedicarse al comercio. Allí “tomó contacto con numerosos e importantes personajes que traficaban con los mercados de América. Espíritu inteligente y alerta, es indudable que pronto adquirió cierta pericia en las tareas que desempeñaba y logró, al mismo tiempo, una amplia y general ilustración que lo impulsó a formar fila entre la gente de ideas avanzadas en su época”. Se casó en Cádiz y se vino con su esposa a Chile, arribando a Valparaíso en 1811⁵².

Ramón Errázuriz era un hombre de mucho prestigio y conocido por su bondad; también era famosa su calidad de enciclopedista, ateo y volteriano⁵³.

Mastai Ferretti también conoció al militar y patriota Manuel Blanco Encalada, en Valparaíso, cuando la delegación esperaba el día en que se embarcarían para abandonar el país. Señala en su diario que el general Blanco, comandante de la flotilla de Chile, invitó a Muzi a bordo de la fragata Isabel. “Esta fragata con otros seis

⁵² Carlos J. Larraín: “Don Ramón Errázuriz Aldunate”. Boletín Academia Chilena de Historia y Geografía, Año XVI, N° 41, Santiago, 2° semestre 1949.

⁵³ José Toribio Medina: Los Errázuriz. Notas biográficas y documentos para la historia de esta familia en Chile. Santiago, Editorial Universitaria, 1964, pp. 261-263.

navíos fueron tomados por O'Higgins cuando era Director de Chile, y lleva su nombre; pero Blanco prefería llamarla *Isabel* aunque fuera el nombre que le habían puesto los españoles, por haber sido expulsado de Santiago por O'Higgins no sé por qué razón, tal vez por ser del partido de los Carbonarios”.

Es interesante consignar a propósito de esta última afirmación la siguiente opinión que tiene el historiador Jaime Eyzaguirre:

“La observación de Mastai demuestra que por entonces se sindicaba a Blanco como perteneciente a una sociedad secreta que no podía ser la Logia Lautarina, puesto que era contraria a O'Higgins. En la pluma de un eclesiástico italiano el atribuir afiliación al carbonarismo no andaba muy distante de tildar a Blanco de miembro de la masonería. Mastai sabía perfectamente que el Papa Pío VII había condenado aquella organización en 1821, diciendo de ella que era *quizá descendencia y ciertamente imitación de la masonería*”⁵⁴.

Manuel Blanco Encalada, que en 1826 fue Presidente de la República, había sido miembro de la Logia Lautarina y en marzo de 1827, presidió como Venerable Maestro la Logia “Filantropía Chilena” creada en Santiago bajo los auspicios del Capítulo Rosa Cruz “Regeneración Peruana”, del Rito Escocés Antiguo y Aceptado⁵⁵.

⁵⁴ Eyzaguirre, op. cit., p. 16.

⁵⁵ René García Valenzuela: El origen aparente de la Francmasonería en Chile y la Respetable Logia Simbólica ‘Filantropía Chilena’. Contribución al estudio de la Francmasonería en Chile y sus precursores. Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, 1949.

Si Mastai Ferretti tuvo cercanía con las ideas liberales, cuando redactó su diario no lo manifestó. Así, por ejemplo, cuando, tras las medidas tomadas en septiembre de 1824 por el gobierno de Chile, discutían hacia qué lugar dirigirse luego de dejar el país, señala: “En Mendoza, donde teníamos muchas invitaciones, había ocurrido en aquellos días una revolución en que con el triunfo de los liberales, el partido bueno había llevado la peor parte”.

Tampoco era partidario de la libertad de cultos, pues al referirse al nombramiento de Joaquín Larraín y Salas como sucesor del Vicario Apostólico expresa que “era conocido por todo Santiago como corifeo de la tolerancia de cultos”.

Respecto a esto, entrega mayores detalles en la carta que le escribe a su hermano Gabriel, el 16 de noviembre de 1824:

“Termino esta narración con un dato que hará conocer mejor el modo de pensar de Cienfuegos. Hacía algún tiempo que el Gobierno pensaba implantar la libertad de cultos y ya se habían tenido sobre ello conversaciones con Cienfuegos; y el Ministro de Estado, Pinto, nos había abordado en varias ocasiones. Para llevar a ejecución este proyecto, tan pernicioso a la Religión Católica, celebróse una sesión cierta tarde en el Palacio del Director, en la que, además de los otros miembros que la formaban, intervinieron Cienfuegos y el señor Argomedo, Presidente del Tribunal de la Suprema Corte de Justicia. Este último, aunque no era contrario a admitir en Chile la libertad de cultos, sin embargo, trataba este punto con mucha delicadeza y se maravillaba del empeño

con que Cienfuegos trataba este negocio, diciendo de él que en aquella ocasión había proferido tantos despropósitos en materia de religión, que sólo se le podían perdonar por ser un eclesiástico patriota. Estas palabras me las contó un amigo de Argomedo con quien éste se franqueó respecto de eso; este amigo era una persona bien conocida en la ciudad y me rogó no decir una palabra a nadie acerca de cómo había yo sabido tal cosa”.

Siguiendo en sus críticas a José Ignacio Cienfuegos, señala en la misma carta:

“Un eclesiástico celoso procura leer buenos libros o, si lee malos, debe hacerlos con el fin de conocer los errores para refutarlos; pero él tenía siempre en sus manos a Raynal, a quien profesaba gran estima. Ante tal ejemplo, su secretario don Pedro Palazuelos se ocupaba durante el viaje en su lectura de Rousseau y Voltaire delante mismo de Cienfuegos, quien estimaba mucho a este secretario. Hasta durante el viaje a través de las Pampas, a un canónigo de la Catedral de Santiago que se dirigía a Buenos Aires tuvo el coraje de asegurarle que los jóvenes chilenos que había llevado consigo a Europa, volvían con tales experiencias y conocimientos, que les darían ocasión de proporcionar grandes ventajas a su Patria”.



Concilio Vaticano I

Santiago, Febrero 2 de 1869. Y. M.

C4622.1
(Bx 37)

PUBLICACION
QUE HACE
EL ARZOBISPO DE SANTIAGO DE CHILE
DE LA
CARTA ENCICLICA
DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE
EL PAPA PIO IX

A
**Los Patriarcas, Primados, Arzobispos i Obispos
todos del mundo católico**

EXPEDIDA
EL 8 DE DICIEMBRE DE 1864.



SANTIAGO.
IMPRENTA DEL CORREO, CALLE DE LA BANDERA, NÚM. 25.
AGOSTO DE 1865.

16

De regreso a Europa

A la bula de León XII del 24 de septiembre de 1824, en apoyo a Fernando VII y contraria a la independencia de las colonias españolas en América, siguió la bula que el mismo papa escribió contra los masones y otras instituciones semejantes, reiterando la prohibición de incorporarse a ellas a laicos y clérigos, el 13 de marzo de 1825.

Tras su arribo a Europa, Mastai Ferretti fue nombrado Presidente del Hospicio Apostólico “San Miguel Arcángel”, en diciembre de 1825; en mayo de 1827 recibió el nombramiento de Arzobispo de Spoleto; y en diciembre 1832 se le entregó el Obispado de Imola. En diciembre de 1840 fue nombrado Cardenal y tras la muerte de Gregorio XVI, fue proclamado Papa el 16 de junio de 1846, tomando el nombre de Pío IX en homenaje a su antiguo protector, el Papa Pío VII.

El advenimiento del conde Mastai Ferretti al Papado hizo abrigar grandes esperanzas, puesto que su antecesor había exacerbado las pasiones y provocado grandes sufrimientos. Así lo expresaba Domingo Faustino Sarmiento en 1848:

“La efervescencia de los espíritus había llegado a su apogeo durante los últimos años del reinado de Gregorio XVI; la revolución de la Romagna acaba de ser sofocada; las prisiones de estado rebotaban con presos por causas políticas, y la sangre había corrido en los cadalsos, y aun en matanzas desordenadas. La muerte del anciano

Gregorio XVI, ponía en nuevo conflicto al gobierno papal, y a tal punto habían llegado las cosas, que o debía armarse de todos los rigores de los gobiernos terroristas, llenar de patíbulos todo el estado Pontificio, enlutar familias enteras y recordar a los romanos los tiempos de Nerón o de Cómodo, o bien cambiar súbitamente de política, hacer concesiones a la opinión pública, y otorgar a sus súbditos los derechos que hoy día pertenecen a todos los pueblos civilizados. Porque es preciso decirlo, el gobierno pontificio no había experimentado ninguna de aquellas saludables reformas, que a costa de tantos trastornos, han obtenido los pueblos modernos en estos últimos tiempos. Existe en Roma un patriciado rico e ilustrado que goza de un gran prestigio entre el pueblo, y la clase media, con el cultivo de las bellas artes que tanto eleva el espíritu, con las tradiciones históricas que tan poderosa influencia ejercen sobre las naciones, posee aquel sentimiento de la propia dignidad, que hace al hombre sobrellevar con impaciencia la arbitrariedad de los gobiernos. A esta circunstancia se añadía en el pontificado la singularidad de ser sacerdotes los empleados públicos, los jueces, gobernadores de provincia, y algunas veces hasta los generales de los ejércitos, gravitando además sobre los laicos el peso de abusos inveterados, el monopolio del pan y de la carne, la venalidad de algunos empleos, la arbitrariedad de los tribunales de justicia, las comisiones permanentes para las causas políticas, y las persecuciones por opiniones, por parentesco, amistad o simpatías, mezclándose la religión y la política, para castigar con

actos reconocidamente malos, ideas, juicios y acciones reconocidamente buenos”⁵⁶.

Los últimos papas habían sido elegidos por influencia del Gobierno de Austria; ahora la influencia la ejercía Francia, a través de su enviado Rossi, y logró que el cónclave cardenalicio eligiese a Mastai Ferretti, en oposición al candidato de Austria, el cardenal Lambruschini, llenando de esperanzas a los ciudadanos de los Estados Pontificios.

Según el conde de Fabraquer, “el entusiasmo en la ciudad eterna era general, veían en él el hombre que los trastiberinos habían admirado siempre como el hombre del pueblo, recorrían toda su vida pasada, enumeraban sus diversos actos de caridad, piedad y tolerancia, todos esperaban de él grandes cosas por haber sido elegido sin el influjo de maquinaciones políticas, porque llegaba al trono pontifical en el vigor de la edad y la salud. Su vida había sido pura como la de un ángel, caritativa como la de un apóstol”⁵⁷.

Su primer acto fue una amnistía general a los condenados por delitos políticos. Sarmiento narra la reacción del pueblo romano:

“La ciudad entera se lanzó a las calles, sin saber a qué, sintiendo estrecho para sus emociones el hogar doméstico. Millares de presos, desconocidos, envejecidos en la prisión, medio desnudos, con el pelo desmelenado y

⁵⁶ D. F. Sarmiento: *Viaje a Chile del canónigo don Juan María Mastai-Ferreti, hoy Sumo Pontífice Pío, Papa IX*. Traducido del italiano y seguido de un apéndice por (...). Santiago de Chile, Imprenta de la Opinión, Mayo de 1848.

⁵⁷ La revolución de Roma, pág. 34.

la barba entera, corrían de un monumento a otro, extasiándose a la vista de aquellos inválidos de la antigua gloria de la patria, embriagándose con las emociones que en un corazón italiano produce el espectáculo de lo bello, de lo artístico; interrumpidos en fin, en sus correrías de locos, por una familia que quería reconocerlos; por una madre que pedía noticias de su hijo, preso muchos años, sin acertar a dar señas que conviniesen al cambio experimentado por la edad. Y luego, aquella muchedumbre romana que llenaba las plazas y el Corso, abrazándose, y riendo con las lágrimas en las mejillas, se la veía dirigirse hacia el Capitolio, y allí ante la estatua ecuestre de Antonino Pío, las de Castor y Pólux, la Minerva, y el palacio fabricado por Miguel Ángel, el inmenso Pópulo romano como en los tiempos antiguos, entonaba himnos en coro universal en alabanza del nuevo Papa, del nuevo emperador, del Marco Aurelio moderno. La ciudad se iluminaba espontáneamente, y del Capitolio el pueblo descendía en procesión para subir al monte Caballo, y hacer llegar en el Quirinal hasta los oídos de Pío IX, el clamor unísono de cien mil voces humanas que lo aclamaban, Pío, Grande, y Salvador de la Italia; pidiéndole que desde el balcón echase sobre ellos y sobre la tierra, la bendición papal, tan grata para los romanos cuando les viene de un príncipe amado”.

Durante los meses siguientes, Mastai Ferretti, ahora Pío IX, realizó muchas obras de bien que le reiteraron el aprecio popular, recibiendo frecuentes manifestaciones de apoyo a sus políticas en las calles de Roma y en otras ciudades de los Estados Pontificios. Hizo varias reformas que fueron vistas con mucha simpatía por todos, en

particular por los grupos liberales, produciéndose una insurrección popular en su apoyo con lo que se logró alejar a las autoridades consideradas contrarias a las reformas impulsadas por el nuevo Papa.

Cuando las tropas austriacas ocuparon Ferrara, el pueblo romano se levantó espontáneamente en armas y Pío IX autorizó la creación de la guardia cívica a la que facultó para elegir a sus propios jefes.

Víctor Hugo decía en un discurso en enero de 1848: “Pío IX enseña la ruta buena y segura a los reyes, a los pueblos, a los hombres de Estado, a los filósofos, a todos. Gracias le sean dadas. Se ha hecho el auxiliar supremo y soberano de esas altas verdades sociales que el continente, para nuestro grande y formal honor, llama las ideas francesas. Él, el señor de las conciencias, él se ha hecho el servidor de la razón. Ha venido, revolucionario tranquilizador, a hacer ver a las naciones deslumbradas a la vez y asustadas por los sucesos trágicos, las conquistas, los prodigios militares y las guerras de gigantes que han llenado el fin del último siglo y el principio de éste, ha venido, decía, a hacer ver a las naciones que para fecundar el surco en que germina el porvenir de los pueblos libres, no es necesario derramar sangre, basta derramar ideas; que el evangelio contiene todas las cartas constitucionales, que la libertad de todos los pueblos como el libertamiento de todos los esclavos, estaba en el corazón de Cristo y debe estar en el corazón del Obispo; que cuando lo quiere el hombre de paz es mayor conquistador que el hombre de guerra y conquistador mejor; que el que tiene en su alma la verdadera caridad divina, la verdadera fraternidad humana, tiene al mismo tiempo en la inteligencia el

verdadero genio político; que en una palabra, para quien gobierna a los hombres ser santo es lo mismo que ser grande”⁵⁸.

Sin embargo, la agitación social continuaba, pues la ciudadanía quería darse una organización de inspiración liberal. Se sucedían las manifestaciones en las calles, con la consiguiente paralización de los negocios y la falta, por lo tanto, de medios de subsistencia.

Por esta época, el rey Luis Felipe fue derrocado en Francia y se proclamó la República, acontecimiento que alentó las esperanzas de los romanos que querían también instaurar en su territorio el sistema republicano.

La aspiración popular era crear una Liga Italiana y luchar contra la invasión austriaca.

El Papa Pío IX endureció su discurso y el 29 de abril de 1848 publicó una encíclica rehusando la guerra, invitando al pueblo a abandonar sus ideas republicanas y a adherir “firmemente a sus príncipes, cuya benevolencia han experimentado, y que nunca se aparten del amor y respeto que les deben”. Lamentaba el Papa en su texto que hubiese en el seno del pueblo romano “aquella funestísima costumbre, principalmente establecida en nuestros tiempos, de dar a luz todo género de libelos, en los cuales se hace la guerra más terrible a nuestra santísima religión y a la honestidad de las costumbres, se inflaman las civiles discordias y perturbaciones, se piden los bienes de la Iglesia, se disputan sus más sagrados derechos, y se lastiman con falsas acriminaciones a los varones más respetables”.

⁵⁸ Ibidem.

Esto fue motivo de una nueva sublevación ciudadana. Sus ministros renunciaron para que no se les creyese cómplices en la redacción de ese documento. La agitación popular era incontenible en Roma y en las provincias, y la Encíclica fue destruida en las calles. En medio de este caos, uno de los ministros del nuevo gabinete fue asesinado y los demás huyeron. Finalmente fue nombrado un nuevo gabinete más afín con las ideas ciudadanas, pero ya Pío IX había perdido el amor de su pueblo, su poder estaba debilitado y su mismo palacio fue atacado por una poblada. Ante esta situación de grave peligro emprendió la fuga acompañado por algunos diplomáticos buscando refugio en la ciudad de Gaeta, mientras que en Roma era proclamada la república. El 1º de enero de 1849, luego de que los revolucionarios en Roma convocaran a una Asamblea Nacional para establecer la nueva forma de gobierno que el pueblo deseaba darse, excomulgó a todos quienes le habían privado del poder y que habían sustituido al Papa como soberano.

Poco más tarde, sin embargo, gracias al apoyo de ejércitos extranjeros, volvió a conquistar los estados pontificios.

Al cabo de unos meses lanzó una proclama contra las sociedades secretas, la masonería y el comunismo, instituciones a las que culpaba por los males que había sufrido.

A partir de ese año inició a una inagotable serie de ataques contra la Masonería, llegando a elaborar más de cien documentos contra sus integrantes.

Es probable que como contraataque los masones italianos hicieran pública la condición de masón del Papa; o que la idea fuese propalada como una invención para perjudicarlo ante la opinión pública. Como fuese, la idea se comenzó a propagar por el mundo, sin que hasta la fecha existan nuevos antecedentes que los expuestos, respecto a la posible pertenencia de Mastai Ferretti a la institución masónica.

Bibliografía

Barros Arana, Diego: Historia General de Chile. Tomo XIV. Santiago, Josefina M. v. de Jover, Editora, 1897.

Barros Borgoño, Luis: La Misión del Vicario Apostólico don Juan Muzi. Notas para la historia de Chile (1823-1925). Santiago, Imprenta La Época, 1883.

Calm, Lilian: El Chile de Pío IX: 1824. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1987.

Conde de Fabraquer: La revolución de Roma. Historia del poder temporal de Pío IX, desde su elevación al trono hasta su fuga de Roma, y convocación de la asamblea nacional el 30 de diciembre de 1848. Por el Exmo. Sr. Conde de Fabraquer, testigo ocular. México, Imprenta de Juan R. Navarro, 1849.

Chiron, Yves: Pio IX. Madrid, Palabra, 2003.

Diccionario Universal de Historia y de Geografía. Obra dada a luz en España por una sociedad de literatos distinguidos (...). Tomo VI. México, Imprenta de F. Escalante, 1855.

Encina, Francisco Antonio: Historia de Chile. Desde la prehistoria hasta 1891. Tomo IX, Santiago, Editorial Nascimento, 1954.

Falconieri, Silviestri: Pio IX Frammassone, con note e documenti. Roma, Tipografia Editrice "La Speranza", Segunda edición, 1924.

Leturia, Pedro y Miguel Batllori: La primera misión pontificia a Hispanoamérica, 1823-1825. Relación oficial de Mons. Giovanni Muzi. Città del Vaticano, Biblioteca Apostólica, 1963.

Mastai Ferretti, Juan María: “Breve relación del viaje a Chile del canónigo Juan María Mastai Ferretti de Sinigaglia”, Traducción y notas de Carlos Oviedo Cavada. En revista Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, N° 1, Santiago, 1961.

Nueva biografía de Pío IX. Traducida por Miguel de la Barra y aprobada por la Universidad de Chile para texto de lectura en las escuelas de la República. Bibliotecas Populares. Santiago, Emilio Audois, Librero-Editor, 1857.

Sallusti, José: Historia de las Misiones Apostólicas de Monseñor Juan Muzi en el estado de Chile. Santiago, Imprenta y Encuadernación Lourdes, 1906.

Sarmiento, Domingo Faustino: D. F. Sarmiento: Viaje a Chile del canónigo don Juan María Mastai-Ferreti, hoy Sumo Pontífice Pío, Papa IX. Traducido del italiano y seguido de un apéndice por (...). Santiago de Chile, Imprenta de la Opinión, Mayo de 1848.

Veuillot, Luis: Biografía del Papa Pío IX. Madrid, Imprenta de la Esperanza, 1863.



Ediciones de la
GRAN LOGIA DE CHILE